



UNIVERSIDADE DA CORUÑA



MÁSTER OFICIAL EN POLÍTICAS SOCIALES E INTERVENCIÓN SOCIOCOMUNITARIA
TRABAJO FIN DE MÁSTER DEL CURSO ACADÉMICO 2017/18

**EL PAPEL DE LAS PERSONAS MAYORES EN UNA SOCIEDAD EN CAMBIO:
UN NUEVO ENFOQUE ANTE UN CAMBIO DE PARADIGMA**

HELENA LÓPEZ GÓMEZ

Tutora Académica: Margarita Vilar Rodríguez

Convocatoria de septiembre de 2018

RESUMEN



El peso de las personas mayores en la sociedad española ha ido en aumento en las últimas décadas. En consecuencia, el comienzo del siglo XXI se está caracterizando no solo por el envejecimiento sino por el sobreenvejecimiento de la población. Esta tendencia ha ido acompañada de un paradigma. Las personas mayores han tenido preasignado tradicionalmente un papel pasivo por el sistema capitalista basado en su utilidad productiva; esto es, se identifican con una población económicamente inactiva y dependiente que percibe una pensión con motivo de su actividad laboral anterior. Sin embargo, lejos de este cliché, la creciente precariedad laboral y el elevado desempleo de la población más joven ha transformado la estructura socioeconómica derivada de la primera revolución industrial. El índice de exclusión social de la población mayor se ha reducido relativamente frente al de la población más joven. Partiendo de esta situación, este trabajo analiza la contribución positiva de las personas mayores desde un punto de vista socioeconómico y pone en evidencia la necesidad de replantear el papel de los y las mayores en una sociedad en cambio.

Palabras clave: envejecimiento, personas mayores, cambio de paradigma, vejez en positivo, sobreenvejecimiento, exclusión social.

RESUMO



O peso das persoas maiores na sociedade española foi en aumento nas últimas décadas. En consecuencia, o comezo do século XXI estase a caracterizar non só polo envellecemento senón polo sobreenvejecimiento da poboación. Esta tendencia foi acompañada dun paradigma. As persoas maiores tiveron preasignado tradicionalmente un papel pasivo polo sistema capitalista baseado nunha utilidade productiva; isto é, identifícanse cunha poboación economicamente inactiva e dependente que percibe unha pensión con motivo da súa actividade laboral anterior. Con todo, lonxe deste cliché, a crecente precariedade laboral e o elevado desemprego da poboación máis nova transformou a estrutura socioeconómica derivada da primeira revolución industrial. O índice de exclusión social da poboación maior reduciuse relativamente fronte ao da poboación máis nova. Partindo desta situación, este traballo analiza a contribución positiva das persoas maiores desde un punto de vista socioeconómico e pon en evidencia a necesidade de reformular o papel dos e das maiores nunha sociedade en cambio.

Palabras chave: envellecemento, persoas maiores, cambio de paradigma, vellez en positivo, sobreenvellecemento, exclusión social.

ABSTRACT



The weight of older people in Spanish society has been increasing in recent decades. Consequently, the beginning of the 21st century is being characterized not only by aging but by the over-aging of the population. This trend has been accompanied by a paradigm. Older people have traditionally pre-assigned a passive role for the capitalist system based on its productive utility; that is, they identify themselves with an economically inactive and dependent population that receives a pension due to their previous work activity. However, far from this cliché, the increasing job insecurity and high unemployment of the younger population has transformed the socioeconomic structure derived from the first industrial revolution. The index of social exclusion of the older population has been reduced relatively compared to that of the younger population. Based on this situation, this paper analyzes the positive contribution of older people from a socioeconomic point of view and highlights the need to rethink the role of older people in a changing society.

Keywords: aging, elderly people, paradigm shift, old age in positive, over-aging, social exclusion.

ÍNDICE

1. Introducción	6
2. Marco Teórico	12
3. El envejecimiento en España: un análisis estadístico en el siglo XXI	21
4. El aporte socioeconómico de las personas mayores españolas en el siglo XXI	29
5. A modo de reflexión final ¿Ante un dilema? El nuevo papel de las personas mayores....	46
REFERENCIAS	57

ÍNDICE TABLAS

Tabla 1.- Evolución de la población mayor en España. 1949-2050	10
Tabla 2.- Índice de Envejecimiento por provincias españolas. 2002-2017	25
Tabla 3.- Población en riesgo de exclusión. España 2008-2016	32
Tabla 4.- Población según la actividad que realiza	32
Tabla 5.- Hogares según la actividad de la persona sustentadora principal. 2017	33

ÍNDICE MAPAS

Mapa 1.- Crecimiento de población. CCAA. España. Año 2002	22
Mapa 2.- Crecimiento de población. CCAA España Año 2016	22
Mapa 3.- Índice envejecimiento. Provincias España. Año 2002	24
Mapa 4.- Índice envejecimiento. Provincias España. Año 2017	24
Mapa 5.- Tasa de inmigración de jóvenes menores de 15 años por CC.AA. 2017.....	26

ÍNDICE GRÁFICOS

Gráfico 1.- Población por grupos de edad. España. 2002-2017	23
Gráfico 2.- Número de personas mayores de 65 años por sexo. 2002-2017	27
Gráfico 3.- Sobreenvejecimiento de la población. España. 2002-2017	27
Gráfico 4.- Edad sustentador/a principal de hogar. Hogares	34
Gráfico 5.- Riesgo de pobreza o exclusión social. España 2008-2017.....	35
Gráfico 6.- Salario mínimo y pensión media. España 2002-2016.....	36
Gráfico 7.- Los usos del tiempo de las personas mayores en varios países europeos (en porcentaje)	38
Gráfico 8.- Gasto medio por hogar. Total población	43
Gráfico 9.- La delicada situación de la seguridad social en España.....	48
Gráfico 10.- El impacto de la crisis en los hogares con ancianos/as.....	51
Gráfico 11.- Tasa de dependencia mayores 64 años. 2006-2017.....	54

1. INTRODUCCIÓN



El proceso de envejecimiento de la población, entendido como el creciente peso porcentual de la población de edad avanzada, y la prolongación del envejecimiento fruto de una mayor esperanza de vida son fenómenos novedosos desde un punto de vista histórico. Este nuevo escenario, derivado en gran medida del avance de la humanidad, ha abierto debates en el mundo académico sobre las causas, las consecuencias y las respuestas que se deberían tomar ante este proceso ¿irreversible? (Pérez Ortiz, 2004). En paralelo, ha ido cambiando el concepto de vejez y el significado de "hacerse mayor" en un marco donde el ciclo vital de las personas ha experimentado grandes transformaciones en el último siglo.

Partiendo de la idea de que el envejecimiento es un fenómeno multifactorial que comprende componentes biológicos, espirituales y sociales¹, hablar de envejecimiento implica "(...) más que hablar de vejez, pensar en la idea de vejez" (Fergusson, 2017). Es decir, el envejecimiento no es un fenómeno universal y uniforme pues "(...) existen itinerarios y modos de envejecer diferentes para cada cultura, sociedad e incluso grupo social" (Yuni y Urbano, 2008, p. 156). En consecuencia, resultaría una vía demasiado reduccionista entender el proceso desde una perspectiva exclusivamente cronológica, como apuntan Alvarado y Salazar (2014). Desde este modo podemos hablar de tres edades diferentes cuando hablamos de envejecimiento: cronológica, social y fisiológica (Ginn y Arber, 1996). La primera mide el tiempo en años y hace referencia al componente biologicista; la segunda está vinculada con las actitudes y capacidades que se consideran apropiadas en relación a la edad cronológica; y, la última, comprende las capacidades físicas de la persona. El envejecimiento cronológico conlleva cambios en la persona que vienen determinados por las responsabilidades y privilegios que dependen de su edad cronológica. El envejecimiento social contempla las transiciones del curso vital, que vienen muy condicionadas por factores materiales, culturales y también por el género, puesto que a priori no esperan los mismos comportamientos ni actitudes de hombres y mujeres (Leyra y Roldán, 2013).

Siendo conscientes de la complejidad del fenómeno y de su transformación a lo largo del tiempo, este trabajo se concentrará en el estudio del envejecimiento desde una perspectiva socioeconómica; entendiendo como edad aquella que se construye socialmente y se refiere a las actitudes y conductas adecuadas a las percepciones subjetivas. Esta definición de edad ha servido para justificar la institución social de la jubilación, fundada, a su vez, en la edad cronológica y fijada, desde hace décadas en, aproximadamente, 65 años. Parece fuera de toda duda que en nuestro marco capitalista la vida de las personas viene condicionada

¹ Siguiendo la definición de Landinez, Contreras y Castro (2012).

por su participación (vida laboral) o no (proceso educativo y jubilación) en el mercado de trabajo. Desde los tiempos de la Revolución Industrial iniciada en la Inglaterra del siglo XVIII, que supuso la progresiva dependencia del salario como principal fuente de ingreso, la vida de las personas, tanto en su estatus económico como en su papel social, ha venido marcada por su actividad laboral. Más tarde, la puesta en marcha del seguro de vejez y la mejora progresiva de las pensiones de jubilación cambiaron el concepto de jubilación pasando de ser una breve pausa previa a la muerte de una persona, a ser una fase más de la vida (Belsky, 2001). Para algunos autores, la llegada de la jubilación supone la llegada de la vejez debido al abandono del papel de trabajador activo en el mercado laboral y el advenimiento de una etapa de la vida sin obligaciones laborales remuneradas acompañada de un conjunto de cambios psicosociales². En conjunto, los avances conseguidos en el marco biológico, económico y social han convertido la prolongación del envejecimiento en una de las conquistas más importantes de nuestro tiempo.

En particular, España ha conseguido situarse como uno de los países con mayor esperanza de vida del mundo y con mayor porcentaje de población con edad superior a 65 años. Según los datos del Instituto Nacional de Estadística, España cuenta con casi nueve millones de personas en esa franja de edad que representan alrededor del 19% de la población total. Se estima que estas cifras sigan creciendo hasta alcanzar más de 15 millones en 2049. Durante el último siglo la estructura demográfica española ha sufrido una profunda transformación que ha modificado por completo su pirámide poblacional; destacando un estrechamiento en la base y una ampliación por la cúspide (Belando y Sarlet, 2010). Detrás de este proceso encontramos múltiples factores. Entre otros, cabe destacar el aumento de la esperanza de vida de las personas —tanto al nacer como durante su etapa vital—, la prolongación del envejecimiento, el descenso de los índices de fecundidad y natalidad y los movimientos migratorios del país —entendidos como la pérdida de población joven—. Como resultado, nos hallamos ante un nuevo escenario social, económico y político en el que en el envejecimiento de la población representa un papel fundamental (Giró, 2004, p. 25). Por primera vez en la historia las personas mayores están realizando un doble esfuerzo: de un lado, en su etapa activa en el mercado laboral a través de sus cotizaciones a la seguridad social y, de otro, ya jubilados compartiendo sus pensiones para sostener a hijos/as y nietos/as pues, tal y como revelan las estadísticas, las personas mayores realizan importantes funciones de cuidado y de soporte económico de hijos y nietos con ellas. A este respecto, Bazo (1996) señala como “una estructura familiar menos solidaria, podrían estar engrosando el número de personas sin hogar, que es mayor en otras sociedades con niveles de

² Para algunos autores como Alpizar (2011), la jubilación es un dispositivo burocrático que cambia legalmente a las personas en ancianos.

bienestar económico más altos que en España”³. Además, cabe destacar que este proceso ha ido acompañado de una profunda transformación (parcial, incompleta y desigual) de los roles de género en los que, tradicionalmente, se encuadraban hombres y mujeres y de las funciones socioeconómicas de las personas mayores tanto en el ámbito familiar como en el conjunto de la sociedad (Subirats, 2016, p. 22). Es por todo ello por lo que nos encontramos ante un hito nuevo en la historia que marca un nuevo escenario del que se debe conocer y trabajar más en profundidad. En conjunto, resulta necesario un cambio de paradigma tanto en el concepto de envejecimiento como en el análisis de los roles socioeconómicos desempeñados por las personas pertenecientes a esta franja de edad. Para ello habrá que luchar contra muchos prejuicios aún vigentes en nuestro entorno que identifican a los mayores con términos peyorativos como "carga" e "improductividad" (Subirats, 2016, pp. 23-24).

Debido a todo lo señalado con anterioridad, nos encontramos ante un novedoso acontecimiento en la historia que marca un nuevo escenario a analizar; por lo que este trabajo tratará de poner en valor la función socioeconómica de los y las mayores. Es decir, conocer más sobre el esfuerzo que realizan las personas mayores tanto social como económicamente para sostener a sus familias en particular y al sistema socioeconómico general en siglo XXI⁴. El caso de España representa un excelente ámbito de estudio puesto que no solo se sitúa como uno de los países como mayor esperanza de vida —como ya se ha comentado— sino que se asienta entre los primeros quince países con mayor edad media registrada en su población (2017: 43,2 años) y con mayor proporción de personas de más de 65 años (2017: 19%), y como el cuarto país (detrás de Italia, Francia y Grecia) con mayor porcentaje de población superior a 85 años (3%), según las estadísticas del Eurostat (2018). Las proyecciones futuras apuntan a que este proceso se agravará en las próximas décadas, salvo cambios demográficos radicales (tabla 1). Además, como hemos dicho, representa un caso excelente para estudiar la aportación socioeconómica de las personas mayores pues con la llegada de la crisis a nuestro país —motivo de la elección del siglo XXI como franja de estudio— ha habido un cambio de papeles en las diferentes generaciones a lo que en vulnerabilidad se refiere. Es decir, antes de esta eran los y las mayores quienes sufrían una situación de vulnerabilidad mayor mientras que los y las jóvenes registraban valores bajos, pero el progresivo deterioro del sistema capitalista desde la crisis de la década de 1970, y en concreto tras crisis del 2008, provocaron que se registrase una modificación dicho panorama, siendo los jóvenes quienes soportan una mayor tasa de

³ En este punto conviene tener en cuenta el aumento de la precariedad laboral y salarial de los activos y su peor situación relativa frente a la pensión media; a pesar de las congelaciones sufridas en los últimos años (De la Fuente, García y Sánchez, 2018).

⁴ Ya son muchas las ramas que se empiezan a interesar por el fenómeno del envejecimiento poblacional: <https://www.mayoresudp.org/la-investigacion-se-interesa-envejecimiento/>

vulnerabilidad. La situación socioeconómica de las personas mayores en un marco de incremento del paro y de la desigualdad, y deterioro de las condiciones laborales y de vida, mejoró su posición relativa respecto a otros grupos de edad. Además, otras de las razones, en este caso demográfica, por la que decidimos escoger este periodo temporal es porque, a partir del censo de 2001, los datos reflejan no solo un proceso de envejecimiento sino también un creciente proceso de sobre-envejecimiento. En el año 2001 la población mayor de 75 años superaba el 13%.

TABLA 1.- EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN MAYOR EN ESPAÑA. 1949-2050

Años	Total España	65 y más		75 y más		80 y más	
	Absoluto	Absoluto	%	Absoluto	%	Absoluto	%
1900	18.618.086	967.754	5,2	264.023	1,4	115.365	0,6
1910	19.995.696	1.105.569	5,5	292.062	1,5	132.615	0,7
1920	21.389.842	1.216.693	5,7	329.196	1,5	143.014	0,7
1930	23.677.794	1.440.739	6,1	411.330	1,7	177.113	0,7
1940	25.877.971	1.690.388	6,5	512.902	2,0	222.498	0,9
1950	27.976.755	2.022.523	7,2	629.186	2,2	272.478	1,0
1960	30.528.539	1.505.165	8,2	815.433	2,7	368.975	1,2
1970	34.040.657	3.290.673	9,7	1.109.128	3,3	523.656	1,5
1981	37.683.363	4.236.724	11,2	1.577.311	4,2	725.131	1,9
2001	41.116.842	7.037.533	17,1	5.404.513	13,1	1.663.040	4,0
2005	44.108.530	7.332.267	16,6	5.429.048	12,3	1.903.219	4,3
2010	46.017.650	7.742.903	16,8	3.942.861	8,6	2.236.565	4,9
2020	47.037.942	9.062.634	19,3	4.444.087	9,4	2.755.945	5,9
2030	47.559.208	11.192.700	23,5	5.440.808	11,4	3.338.953	7,0
2040	47.932.948	13.766.839	28,7	7.101.429	14,8	4.366.021	9,1
2050	47.966.653	15.325.273	31,9	8.729.934	18,2	5.644.340	11,8

Fuente: Extraído de Abades y Rayón (2012).

Con este fin, el trabajo se estructura en cuatro partes. La primera parte del trabajo, ahonda en las diferentes formas de concebir el envejecimiento a lo largo de la historia, las teorías que existen alrededor de él para así poder llegar a una clasificación de las mismas. El punto tres del trabajo muestra cómo explican los diferentes datos la realidad de la sociedad española en el siglo XXI, haciendo hincapié en evidencias que muestren el envejecimiento y el sobre-envejecimiento que está viviendo la estructura poblacional. El cuarto punto, se adentrará aún más en las circunstancias concretas de España, tratando de evidenciar el

aporte económico y social que realizan los y las mayores a sus familias en pleno siglo XXI. La quinta parte, mostrará lo debería ser una persona mayor de acuerdo a la realidad del sistema económico y social español, y, finalmente, el trabajo se cerrará con el apartado de las conclusiones que explicarán el aporte positivo que realizan las personas mayores a la sociedad, así como la necesidad de realizar un cambio de paradigma para poder vivir conforme a las circunstancias españolas.

2. MARCO TEÓRICO



La vejez denuncia el fracaso de nuestra civilización. La sociedad sólo se preocupa del individuo en la medida en que produce. Los jóvenes lo saben. Su ansiedad cuando abordan su vida social, es simétrica a la angustia de los viejos en el momento que quedan excluidos. Entre tanto la rutina enmascara los problemas mientras la máquina gira, trituradora de hombres que se dejan triturar porque no imaginan siquiera que puedan escapar. [...]

Simone de Beauvoir (1983, p.642) en su libro La vejez

Esta reflexión de Simone de Beauvoir refleja la concepción pesimista de la vejez intrínseca al proceso de industrialización y la lógica del mercado capitalista que inunda las mentes y la literatura de todos aquellos países que están viviendo un incremento, en términos relativos y absolutos, de la población mayor.

Se considera que una población está envejeciendo cuando el número de personas mayores representa una proporción cada vez más elevada en relación al total de la población. Muchos autores y autoras relacionan la disminución de las tasas de fecundidad y el aumento de la supervivencia —provocado por los avances en materia médica, sanitaria, social, etcétera— con el envejecimiento poblacional. A su vez, vinculan la precariedad laboral y el aumento de las desigualdades con el descenso de la fecundidad. Parece claro que las dificultades de los jóvenes para mantener trayectorias laborales estables que les permitan emanciparse, ha frenado el desarrollo de núcleos familiares nuevos. Por otro lado, nos encontramos con el hecho de que la esperanza de vida haya aumentado de forma considerable en los últimos años, llegando a situarse, en el periodo entre 2010 y 2015, en los 78 años en los países desarrollados y en los 68 años en regiones en desarrollo. Se espera que esta cifra siga en aumentando en los próximos años (Fondo de Poblaciones de Naciones Unidas, 2012).

El interés por el envejecimiento demográfico es relativamente reciente desde un punto de vista histórico. A este respecto hay que tener en cuenta que la Revolución Industrial supuso un punto de inflexión desde dos puntos de vista: de un lado, la transición demográfica (con el fin de la mortalidad catastrófica y las mejoras en las condiciones higiénicas y la alimentación) y de otro en el concepto de vejez y el papel de las personas mayores en el ámbito socioeconómico. Es decir, la revolución industrial marcó un antes y un después en lo

lo que entendemos como persona mayor en las sociedades ricas, donde el envejecimiento aumentar con mayor rapidez (Fondo de Población de Naciones Unidas, 2012).

Según Joan Subirats (2016), antes de la Revolución Industrial la concepción de la ancianidad resultaba totalmente diferente a la actual. Las sociedades se caracterizaban por ser mayoritariamente rurales y las personas vivían en un contexto de familia extensa y de comunidades relativamente cerradas y compactas. El ciclo de vida era de carácter adaptativo, por lo que todas las personas integrantes del núcleo de convivencia se encargaban de las labores vinculadas a la subsistencia en función de sus capacidades, en una época en la que la fuerza física era imprescindible. Debido a esto, la vida de las personas mayores acababa dependiendo de su familia cuando carecían de esas facultades. En este sentido, las personas mayores iban adaptando estas funciones a sus posibilidades y, además, se erigían como las principales transmisoras de los saberes populares por lo que hacían un gran trabajo educativo y de consejo. Su valor social y familiar era muy importante y reconocido. Aún así, empezaban a verse a ancianos y ancianas adinerados que decidían retirarse en monasterios, práctica que se extenderá en los siglos posteriores y que, marca un hito en la historia de la vejez, pues se identifica con el cese de la actividad y la ruptura por parte de la persona mayor con el mundo (Martínez, Polo y Carrasco, 2002). Además, en esta época, a finales de la Edad Media, a pesar del valor social que tenían algunas personas mayores, otras muchas carecían de ese “respeto” o consideración social por lo que también imperó la imagen negativa de la vejez, sobre todo, de la mujer anciana que se encontraba en el punto más bajo de la escala social (Martínez, Polo y Carrasco, 2002). Por tanto, se puede decir que la importancia social de las personas mayores durante los siglos XIV y XV fue pasajera debido a la recuperación demográfica que se vivió en este último siglo, aún así, aquellas personas mayores privilegiadas sí se vieron beneficiadas por la mudanza de algunas pautas sociales gracias a la mayor puesta en valor de la cualificación la experiencia y la necesidad de menos esfuerzo físico para desarrollar actividades laborales profesionales.

Con la Revolución Industrial, como ya hemos adelantado, hubo una ruptura total y absoluta de los espacios, usos y reconocimiento social entre el trabajo denominado “productivo” (bienes y servicios a cambio de un salario) y el “reproductivo” (trabajo doméstico y de cuidados). El primero fue destinado a los varones en edad laboral en un ámbito público y con un fuerte reconocimiento social, mientras que el segundo fue reservado para las mujeres, en un ámbito privado y sin reconocimiento de ningún tipo por consecuencia de una ideología que naturaliza el amor familiar y la capacidad de las mujeres para cuidar a otras personas (Martín Palomo, 2008). También fueron determinantes otros factores en esta época, como el éxodo rural, la reducción del tamaño de la familia a un prototipo nuclear (padre, madre y dos crianzas) y a establecer con mayor nitidez las etapas

vitales configuradas desde y para el trabajo, separando formación, trabajo y jubilación o abandono de las actividades asalariadas; lo que provoca la marginación de la persona mayor que siente que su vida “útil”, desde el punto de vista socioeconómico, está en el pasado. Desde esta perspectiva, las personas mayores son relacionadas con la improductividad, la carga social, el agotamiento físico, la dependencia, etcétera, y comienza a gestarse una pérdida de valor social nunca experimentada antes en este segmento de edad. A este respecto ha de considerarse que en una sociedad tecnócrata en la que prima la idea de la jubilación, la experiencia acumulada por los años no tiene gran valor pues la persona mayor que alcanza una determinada edad —en nuestra sociedad los 65 años— pierde su lugar en la sociedad, teniendo así un apartamiento social definitivo (Subirats, 2016; Martínez, Polo y Carrasco, 2002). Dentro de este marco, empieza a identificarse la ancianidad con la decadencia física e intelectual, se ve a la persona mayor como frágil, necesitada de atención, con problemas de comprensión y de movilidad, muy limitada en cuanto a sus posibilidades de ocio y placer, como mera receptora de cuidados y sin valor, pues no se encuentra ya en edad de “producir” (Subirats, 2016).

En conjunto, las sociedades industriales han alimentado un gran desprestigio de la vejez. Sin embargo, y de manera paradójica, los avances en higiene, salud pública o medicina han mejorado de manera progresiva el proceso de envejecer; no solo aumenta la esperanza de vida sino que mejoran las condiciones de vida de las personas de mayor edad. En paralelo, la puesta en marcha de los primeros seguros sociales (vejez, enfermedad, desempleo) a finales del siglo XIX y, más tarde, tras la II Guerra Mundial los Estados de Bienestar dotaron de mejores condiciones sanitarias, económicas y de bienestar a las personas mayores. Finalmente, el progresivo envejecimiento de la población en las economías más avanzadas desde finales del siglo XX ha determinado que la vejez se consolidase como una cuestión de interés social y no solo como un “problema individual o familiar” (Martínez, Polo y Carrasco, 2002). Parece claro que el imaginario social antes definido ha determinado los comportamientos, actitudes, prejuicios y prácticas discriminatorias que adopta la sociedad en torno a las personas mayores solo por razón de su edad, afectándoles en todos los aspectos como individuo y extendiéndose su vida familiar y social. Todo esto define lo que Butler (1969) ha denominado como “agisme” o “viejismo”⁵.

A pesar de que, como vemos, el envejecimiento ha estado presente en las diferentes épocas por las que ha pasado nuestra civilización, como parte del ciclo vital de las personas; su estudio en el mundo académico no alcanzó vigor hasta la segunda mitad del siglo XX; momento en el que la demografía empezó a destacar su avance. Hasta entonces, disciplinas como la sociología o la economía apenas habían prestado atención a las

⁵ Autora citada en Motte y Muñoz (2002).

personas mayores como objeto de estudio (Durán, 2012). Anteriormente, el porcentaje de personas mayores era escaso debido a que la menor esperanza de vida media y las peores condiciones económicas de las personas mayores generaban patrones de menor interés para disciplinas como la sociología clásica, que se centraba en el estudio de grupos que trabajaban en la economía productiva y monetaria. Además, como ya hemos explicado, el significado de la vejez es una construcción social cuyo principal problema es de tipo social y cultural, no médico, físico o psicológico. Esto trae consigo que conceptos como la jubilación, que nacieron con la idea de garantizar una calidad de vida a aquellas personas que por razón de edad no podían seguir trabajando, carezcan de validez y se cuestionen en esta época, lo que provoca un mayor interés por parte de estas disciplinas (Giró, 2004).

Por tanto, podemos decir que el envejecimiento ha sido un tema poco analizado hasta fechas recientes. La escasa literatura disponible ofrece tesis que consideran el proceso de envejecer como un drama, debido a la decadencia de la persona, y una amenaza para el bienestar de la población y de la sustentabilidad del sistema económico actual. También son pocas las que entienden el envejecimiento como un éxito proveniente de los avances de la sociedad sobre todo la medicina, la alimentación y el bienestar. Este debate aún permanece abierto en el mundo académico y, como señalan Yubero y Larrañaga (1999), todavía queda mucho campo por investigar, experimentar y estudiar en torno al fenómeno del envejecimiento. Analicemos qué principales corrientes teóricas han abordado esta cuestión⁶.

Para poder dar respuesta a los diferentes enfoques que abordan el estudio del envejecimiento debemos conocer antes las diversas teorías que los alimentan. Disponemos de múltiples planteamientos, con diferentes perspectivas, que abordan el envejecimiento y que dan en muchas ocasiones una visión un tanto controvertida de la realidad de las personas mayores, pero todas ellas deben ser contempladas para poder mostrar el panorama conjunto y diverso existente alrededor de este tema. Dentro del apartado teórico parece adecuado comenzar por explicar las teorías biológicas que abrieron camino en el estudio de este fenómeno y que sirven de base para otros enfoques. Parece claro que los avances en la biología y la medicina han resultado claves para la mayor supervivencia de los seres humanos y el aumento de la esperanza de vida. Aún siendo conscientes de esta importancia, y debido a la naturaleza de este trabajo, se centrará en las teorías psicosocioeconómicas. Esta perspectiva viene justificada por el objetivo principal propuesto: estudiar las aportaciones sociales y económicas que realizan las personas mayores en la sociedad.

⁶ Debido al enfoque de este trabajo, esta investigación se centrará en las teorías psicosocioeconómicas, ya que lo que pretendemos estudiar, como hemos dicho, son las aportaciones sociales y económicas que realizan las personas mayores en la sociedad.

TEORÍAS DEL ENVEJECIMIENTO: un esquema

Psicosocioeconómicas	Biológicas
<p>Teorías que estudian la participación en la sociedad de las personas mayores, que explican el impacto demográfico y sus múltiples repercusiones de los fenómenos y problemas sociales y económicos asociados al envejecimiento, así como también explican la influencia de los aspectos culturales y sociales sobre el mismo</p>	<p>Diferencia dos tipos de teorías basadas en factores externos y las basadas en factores internos:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Factores internos: causas del envejecimiento deterioro del organismo. - Factores externos: causas externas que identifican factores del medioambiente y que influyen en la capacidad de sobrevivir
<ul style="list-style-type: none"> - Teorías modernas y teorías funcionalistas <ul style="list-style-type: none"> o Teoría de la actividad o Teoría de la desvinculación o Teoría derivadas del envejecimiento demográfico o Teoría del medio social o Teoría de la construcción social de la vejez - Silver economy - Teorías marxistas y postmodernas - Economía política de la edad - Gerontología crítica - Gerontología feminista 	<ul style="list-style-type: none"> - Teoría del disfuncionamiento del sistema inmunológico - Teoría del envejecimiento celular - Teoría del desgaste natural - Teoría de la acumulación de productos de desechos (...)

Fuente: Extraído de Alvarado y Salazar, 2014; González, 2010; Giró, 2004.

Al abordar el marco teórico nos encontramos con múltiples enfoques y clasificaciones del estudio del envejecimiento, lo que añade complejidad a la hora de ofrecer un esquema de los diferentes estudios positivos y negativos, en torno a la concepción de ser mayor. López Jiménez (1992), que explica el apartamiento de las personas mayores, las divide en teorías del consenso y teorías del conflicto, mientras que autoras como María Teresa Bazo (2001) utiliza el funcionalismo y el marxismo para diferenciarlas, y explica que las de corte funcionalista parten de la idea de que la degradación por edades es fundamental para asegurar las diferentes funciones que una persona debe cumplir en la sociedad.

En este trabajo, utilizaremos la clasificación realizada por Bazo (2001) y considerada también por otros autores como Giró (2004), que establece dos grandes corrientes teóricas en torno a las personas mayores.

Por un lado, aquellas que podemos denominar como “negativas”, de corte más funcionalista, que tienen un punto de vista pesimista acerca de la concepción de lo que significa ser mayor, de todo lo relacionado con la vejez, etcétera. Se trataría, en conjunto, de un planteamiento con un enfoque catastrofista del envejecimiento, que parte de la vejez como “un problema social que resulta de la jubilación obligatoria, los cambios estructurales en la familia y los procesos de industrialización y urbanización” y se basa en el término “viejismo” como elemento principal (Giró, 2004, p. 20).

En esta misma línea, y aunque algunos teóricos la consideran incluida dentro de la visión positiva, encontramos una corriente teórica más contemporánea y fomentada por la *silver economy*, que gira en torno a la revitalización del proceso de vejez considerado como una etapa de la vida que conlleva mayor independencia y libertad (Pérez y Pla, 2016). Se trataría de entender que las personas dentro de su etapa de vejez pueden aportar, desarrollar capacidades e intereses y mantenerse activo, autónomo desde el punto de vista funcional y plenamente responsables como individuos (Subirats, 2016). Pero en esta ocasión las personas mayores vuelven a ser homogeneizadas, esta vez en el otro extremo bajo el jugo de la industria anti envejecimiento, cayendo así en la reducción de la vejez en una lógica binaria y simplificadora que o tiene una concepción irrealmente negativa o idealmente imposible. Por ello, tal y como explica Mèrce Pérez Salanova (2015, p. 37), esto puede “acabar constituyendo en sí misma una expresión de una cultura edadista que rechaza e invisibiliza el envejecimiento y, en consecuencia, todo aquello que se vincula con el deterioro físico y mental, la dependencia y la muerte”.

Ambas miradas estereotipadas, en general, rechazan la realidad de las personas mayores e impulsan el envejecimiento hacia dinámicas de exclusión social, teniendo un efecto debilitador sobre la participación. Estas dinámicas de exclusión pueden ser simbólicas o identitarias. Las primeras asocian a las personas mayores a imágenes negativas, de inutilidad y de costes sociales —lo que genera que sean percibidos como miembros de un grupo secundario con menos derechos, de ahí que no exista aún una Convención Internacional de los derechos de las personas mayores (Aleman y Martín, 2014)—; y la segunda reduce la identidad mediante la negación de ámbitos de diferenciación individual —lo que produce que acaben desconfiando de sus propias habilidades y capacidades y renuncien a participar en una actividad de grupo porque dudan sobre sus facultades para hacerla— (Pérez y Pla, 2016).

Estas dinámicas de exclusión segregadoras y homogeneizadoras limitan completamente la participación de las personas mayores, limitaciones que Baars y Phillipson (2014), en Pérez y Pla (2016), dividen en dos tipos: contingentes (malas condiciones en la vivienda, cuidados insuficientes, aislamiento, etcétera.) y existenciales (asociadas a las propias de la edad de la

persona, como por ejemplo problemas de memoria). Estos autores nos hablan de las limitaciones de centrarse en uno de estos enfoques, pues distorsionan la realidad ya que el primero sobrevalora la imposibilidad de superar las dificultades y el segundo subestima la finitud de la vida.

Por otro lado, encontramos a aquellas perspectivas optimistas, que estudian el envejecimiento de la población como un hito positivo y que lo entienden como un proceso en el que la persona da, ejerce como un gran punto de apoyo para muchas familias y se comporta de forma activa culturalmente, etcétera. Estas líneas de estudio luchan por la “participación continua de las personas [mayores] en todos los ámbitos independientemente de los apoyos que necesiten para [quieren] que sean protagonistas de su vida, en un quehacer proactivo, aunque este sea diferente en cada individuo” (IMSERSO, 2011 p. 287). Lo que implica que, a través de un enfoque comunitario, las personas mayores mejoren o mantengan su vida. En este sentido, proponer “repensar” la realidad partiendo esta vez de un concepto de ciudadanía en el que podamos caber todos y todas, sea cual sea nuestra edad, clase social, género u origen; dejando atrás la homogeneización y teniendo en cuenta la interseccionalidad de cada uno partiendo de los valores de autonomía personal, igualdad y diversidad, que confluyen y se combinan en todo el proceso (Subirats, 2016).

Dentro de este marco encontramos teorías como, por ejemplo, la teoría de la economía política de la edad u otras como la gerontología crítica o la gerontología feminista, que realizan una fuerte censura a las anteriores teorías y serán sobre las que versará esta investigación. La primera está basada en el marxismo, que se centra en contraponer la idea de que la jubilación sirve para beneficiar al sistema capitalista y no a las personas, quienes en ocasiones sufren efectos adversos de la institucionalización de la jubilación. Investigadoras como Anne-Marie Guillemard (1972 en Giró, 2004), fieles a esta línea argumental, aseguran que la jubilación es negativa para los propios jubilados/as y la entienden como la muerte social. Sin embargo, la segunda, la gerontología crítica, lo que pretende es analizar la vejez como un hecho importante del cambio social. En dicha teoría no existen límites marcados entre las diferentes etapas de la vida y ya no cobra tanto valor el estatus socioeconómico de la persona. Lo que se busca es mostrar que hay diferentes modos de envejecer según los valores de la época, la visión de una sociedad, en definitiva, según la construcción social (Yuni y Urbano, 2008). En esta misma línea se sitúa la gerontología feminista que critica el carácter androcéntrico de las teorías anteriormente citadas, pues algunas de ellas, como es el caso de la teoría de la actividad, no podrían asociarse a las mujeres pues su ciclo vital está más relacionado con los acontecimientos familiares y los cambios en roles en el ámbito doméstico (Yuni y Urbano, 2008), aunque

intuimos que esto se irá modificando paulatinamente, debido a la incorporación de la mujer al mercado laboral.

Partiendo de este contexto, este trabajo optará por ofrecer un análisis desde la perspectiva ofrecida por la gerontología crítica y feminista, que entiende que hay diversos estilos de vida que no se centran en lo productivo, que empieza a darle poder a las personas mayores y es consciente de que las relaciones entre las generaciones se deben reformular. Además, estas teorías constatan la importancia del papel de las mujeres en la sociedad, un aspecto ausente en la mayoría de las perspectivas, pues generalizan sus tesis utilizando ideas androcéntricas para explicar una realidad más compleja y plural. Aunque este trabajo no adopta una perspectiva de género sí que tiene en cuenta que no es lo mismo envejecer en masculino que femenino (Yuni y Urbano, 2008; Bernárdez, 2009; Suaya, 2015), tal y como se constará en diversas partes del texto.

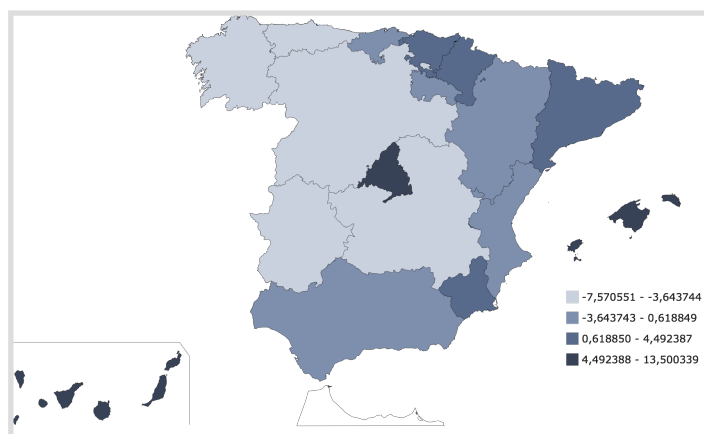
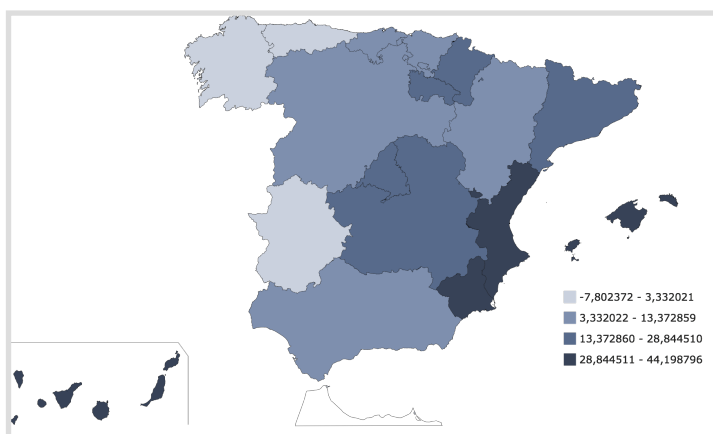
3. EL ENVEJECIMIENTO EN ESPAÑA: UN ANÁLISIS ESTADÍSTICO EN EL SIGLO XXI



La sociedad española está viviendo un estancamiento de su población en el comienzo del siglo XXI acompañado de un envejecimiento e incluso sobre-envejecimiento demográfico y fuertes desequilibrios territoriales. Según el Instituto Nacional de Estadística, desde el 1 de enero de 2008 a 1 de enero de 2018 la población en España pasó de 45,7 millones a 46,7 millones, pero el drama está en que la población menor de 18 años ha pasado de 8 a 8,3 millones, el grupo de edad entre 65 y 85 de 6,8 a 7,7 millones, y los de más de 86 años de 0,65 a 1,1 millones. Estas cifras se traducen, desde un punto de vista territorial, en que algunas comunidades autónomas, como es el caso de Galicia, Castilla y León, Asturias, Castilla-La Mancha y Extremadura, registren un crecimiento negativo impulsado por dos fenómenos: la baja tasa de natalidad y las migraciones.

MAPA 1.- CRECIMIENTO DE POBLACIÓN. CCAA. ESPAÑA. AÑO 2002

MAPA 2.- CRECIMIENTO DE POBLACIÓN. CCAA ESPAÑA AÑO 2016



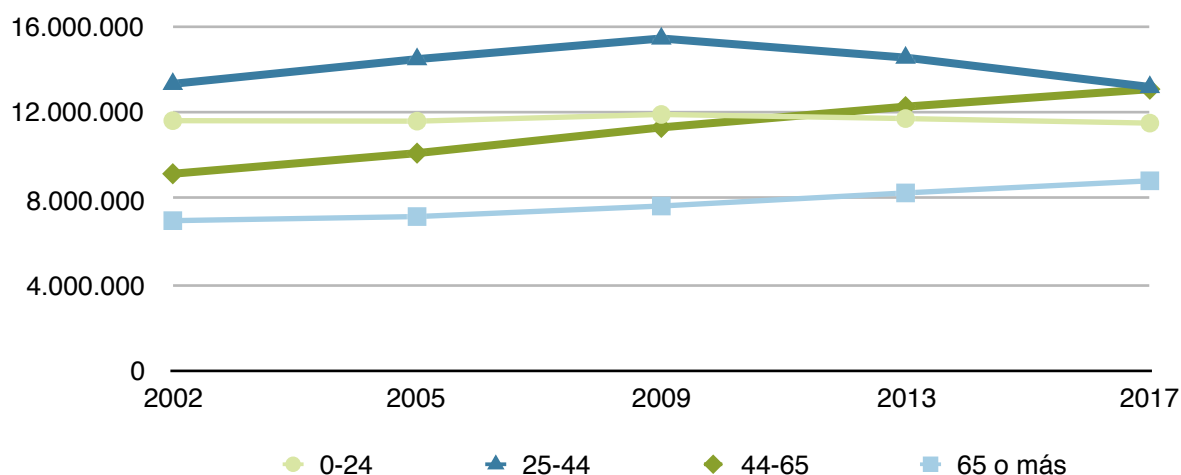
Fuente: Elaboración propia a partir datos INE. Crecimiento de la población. (<http://www.ine.es/jaxiT3/Tabla.htm?t=5225&L=0>).

Los Mapas 1 y 2 reflejan el proceso de envejecimiento de la población que azota a España desde hace décadas y la parálisis demográfica de los territorios del noroeste y la meseta (con Madrid como excepción quizás por ser la capital del Estado). Como consecuencia, el grupo de población con más edad aumenta en España conforme pasan los años, mientras que los grupos más jóvenes descienden de forma acusada en términos relativos.

Tal y como vemos en el gráfico 1, cada vez hay más personas mayores en la sociedad española. Así, el número de personas que han cumplido los 65 años crece, y también lo hacen sus predecesores, los de la franja de edad de 44 a 65 años (conocidos como la generación del baby boom). Sin embargo, los grupos de edad más jóvenes, 0-24 años y

25-44, han tendido, en las últimas décadas, a descender. En conjunto, resultan alarmantes los resultados en términos de reemplazo generacional.

GRÁFICO 1.- POBLACIÓN POR GRUPOS DE EDAD. ESPAÑA. 2002-2017



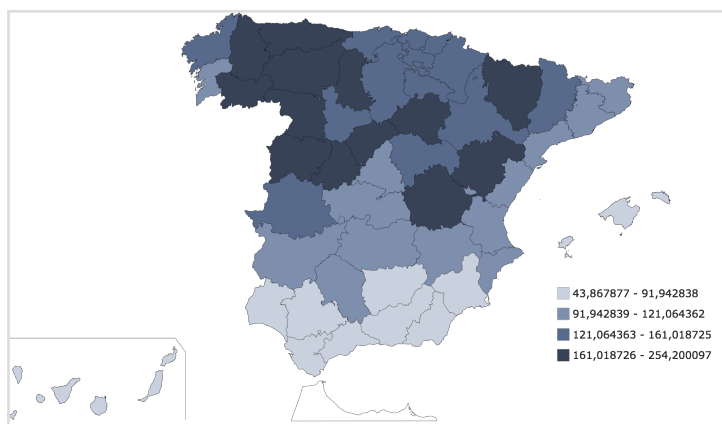
Fuente: Elaboración propia a partir datos INE. Series detalladas desde 2002. (<http://www.ine.es/jaxiT3/Tabla.htm?t=9674&L=0>).

Si observamos el Índice de Envejecimiento (INE) por provincias entre 2002 y 2017 asistimos a un panorama desolador solo suavizado en algunos casos concretos por las migraciones o la mortalidad elevada en territorio con una alta tasa de envejecimiento a finales del siglo XX.

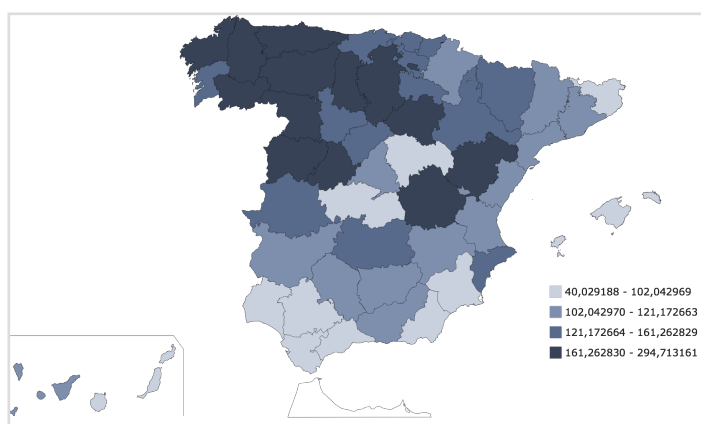
Los Mapas 3 y 4, muestran que el envejecimiento ha ido inundando la mayoría de las provincias españolas. En el Mapa 3 observamos que la comunidad de Andalucía, a excepción de la provincia de Córdoba, registra un Índice de Envejecimiento bajo con respecto a las provincias de las demás comunidades del territorio español en el que dicha tasa es muy alta. A pesar de esto, debemos resaltar que en las provincias andaluzas el Índice de Envejecimiento es elevado, aunque registran unas cifras buenas en términos de reemplazo generacional.

Si observamos el Mapa 4, vemos que esta situación se agrava en 2017. La parte sur del país alcanza un Índice de Envejecimiento mayor que en 2002. Este panorama impregna, en 2017, la realidad de casi todas las provincias españolas: el Índice de Envejecimiento es muy elevado. Cabe destacar que alguna de ellas ha sufrido un leve descenso pero, aun así, el valor del índice sigue siendo alto, por lo que pone en peligro el remplazo generacional en el país.

MAPA 3.- ÍNDICE ENVEJECIMIENTO. PROVINCIAS ESPAÑA. AÑO 2002



MAPA 4.- ÍNDICE ENVEJECIMIENTO. PROVINCIAS ESPAÑA. AÑO 2017



Fuente: Elaboración propia a partir datos INE. Índice de envejecimiento_(<http://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=1489>).

A pesar de que estos mapas muestran que el envejecimiento aumenta, vemos la necesidad de observar los números absolutos para conocer cuál ha sido la gravedad del fenómeno en España en los años 2002 y 2017. Según estas cifras, en 2002, eran 17 las provincias que registraban un Índice de Envejecimiento menor a 100, de las cuales tan solo 5 bajan de 75. Ourense se situaba como la provincia que poseía el valor más alto (254) mientras que Las Palmas de Gran Canaria alcanzaba un Índice de Envejecimiento menor (59), al margen de Ceuta y Melilla.

Los datos del 2017 muestran que el envejecimiento inunda muchas más provincias pues ya son tan solo 10, 7 menos que en 2002, las que alcanzan un índice de envejecimiento menor a 100 puntos. Además, en este año, encontramos únicamente 2 las provincias (Ceuta y Melilla) las que tienen un índice por debajo de los 75 puntos. En el 2017, Ourense permanece como la provincia más envejecida, con un valor de 294 puntos, 40 más que en 2002. Sin embargo, Almería se revela como la provincia menos envejecida, con un valor de 80, sin tener en cuenta Ceuta y Melilla. Esto muestra que el envejecimiento ha aumentado considerablemente durante este periodo.

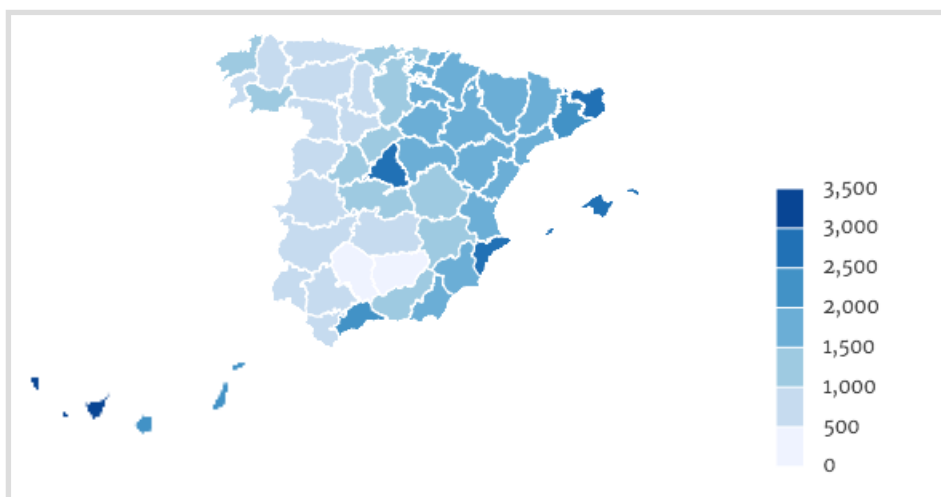
TABLA 2.- ÍNDICE DE ENVEJECIMIENTO POR PROVINCIAS ESPAÑOLAS. 2002-2017

	2017	2002		2017	2002
Total Nacional	118,28	109,03	Jaén	119,44	91,94
Albacete	119,29	101,52	León	227,72	201,10
Alicante	124,78	97,44	Lleida	118,35	148,16
Almería	80,05	70,35	Lugo	270,81	247,83
Álava	127,50	122,43	Madrid	103,77	94,61
Asturias	209,97	197,01	Málaga	100,34	78,33
Ávila	191,20	189,97	Murcia	83,38	76,82
Badajoz	121,17	98,17	Navarra	116,50	122,71
Islas Baleares	96,01	88,11	Ourense	294,71	254,20
Barcelona	113,44	115,77	Palencia	202,58	173,93
Bizkaia	154,25	150,27	Las Palmas	95,16	59,03
Burgos	166,48	161,02	Pontevedra	155,41	121,06
Cáceres	161,26	127,16	La Rioja	130,91	139,92
Cádiz	88,60	64,48	Salamanca	204,43	177,36
Cantabria	146,35	144,72	Sta Cruz de Tenerife	117,96	79,09
Castellón	114,71	113,97	Segovia	154,21	164,53
Ciudad Real	126,50	110,61	Sevilla	87,31	74,36
Córdoba	115,50	92,92	Soria	191,35	207,81
A Coruña	184,19	157,03	Tarragona	107,55	115,91
Cuenca	164,74	162,91	Teruel	175,25	196,13
Gipuzkoa	139,43	133,34	Toledo	100,95	109,84
Girona	102,04	116,06	Valencia	114,06	106,49
Granada	103,69	87,94	Valladolid	154,25	130,67
Guadalajara	87,72	124,97	Zamora	287,55	235,59
Huelva	94,34	81,93	Zaragoza	133,19	146,21
Huesca	153,15	181,37	Ceuta	51,35	49,68
			Melilla	40,03	43,87

Fuente: Elaboración propia a partir datos INE. Índice de envejecimiento por Provincias. (<http://www.ine.es/jaxiT3/Tabla.htm?t=1452&L=0>).

Como ya hemos dicho, reafirmamos que en 2002 y 2017, el Índice de Envejecimiento se ha acentuado en este último año analizado en la mayoría de las provincias españolas, siendo señalable la situación de las provincias del mediterráneo y Andalucía. Cabe destacar el caso de Alicante, en la cuenca mediterránea, que supera los Índices de Envejecimiento de esta zona, singularidad que podría ser explicada porque la ciudad de Benidorm es uno de los destinos favoritos por las personas mayores para vivir una vez ya jubilados/as. La explicación que se le podría achacar al menor envejecimiento en la parte sur del país, puede recaer en la inmigración. Tal y como vemos en el Mapa, en el 2017, las comunidades del sur reciben más población inmigrante en comparación con las del norte. Así mismo, también son las comunidades que más jóvenes inmigrantes acogen, cifra que interfiere directamente en el cálculo del Índice de Envejecimiento, pues este se utiliza el grupo de edad comprendido entre los 0 y 15 años como cociente en su cómputo.

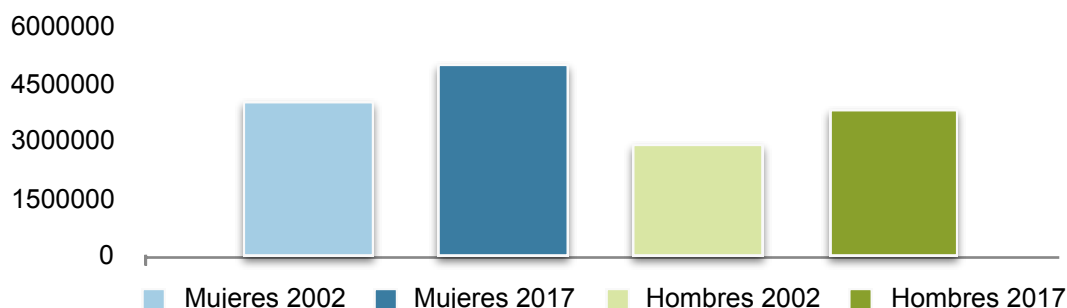
MAPA 5.- TASA DE INMIGRACIÓN DE JÓVENES MENORES DE 15 AÑOS POR CC.AA. 2017



Fuente:Elaboración propia a partir datos INE. Flujo de inmigración procedente del extranjero por provincia, año, sexo, grupo de edad y nacionalidad (<http://www.ine.es/jaxi/Tabla.htm?path=/t20/p277/prov/e01/I0/&file=03003.px&L=0>).

Pero España no solo se caracteriza por tener una población envejecida sino que ya podemos decir que la sociedad española está sobre-envejecida. Los tres grupos con mayor edad (de 80 a 84, de 85 a 89 y de 90 o más años) han aumentado su presencia. Han pasado de representar a un 52% de las personas mayores de más de 65 años en 2002, a un 65% en 2017. En concreto, el grupo de edad de 80 a 84 años ha aumentado 4 puntos porcentuales, los de 85 a 89 años han crecido en 5% y, los de 90 años o más años suben 4 puntos porcentuales, mientras que los de 75 a 79 años disminuyen en un 8%.

GRÁFICO 2.- NÚMERO DE PERSONAS MAYORES DE 65 AÑOS POR SEXO. 2002-2017

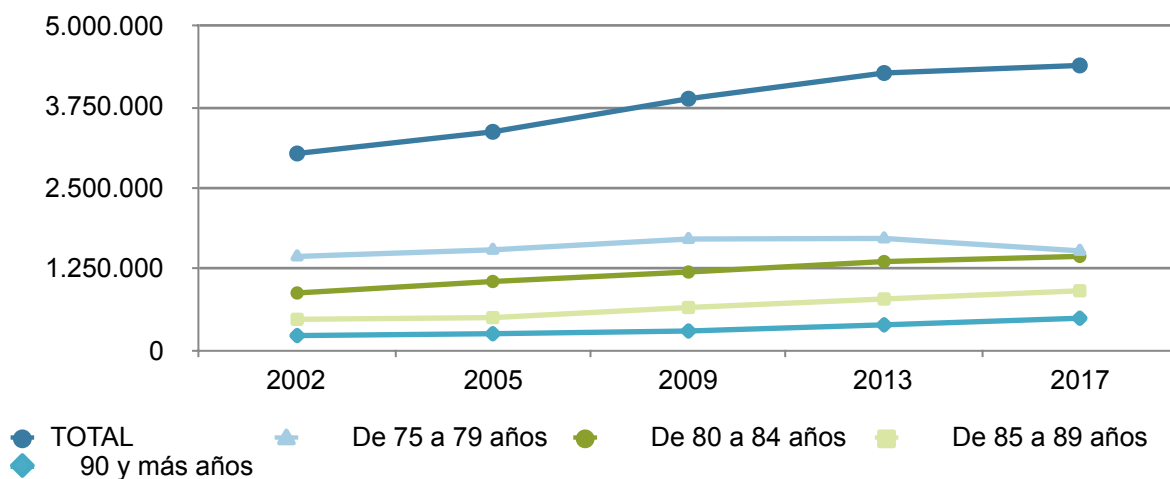


Fuente: Elaboración propia a partir datos INE. Series detalladas desde 2002. (<http://www.ine.es/jaxiT3/Tabla.htm?t=9674&L=0>).

No obstante, el envejecimiento no se distribuye igual desde una perspectiva de género, tal y como hemos visto. Existen, también, diferencias en cuanto a envejecimiento entre mujeres y hombres. El envejecimiento en España tiene cara de mujer. Son ellas las que más años viven y, por tanto, las que registran una importante proporción de personas mayores.

En 2002 ellas representaban un 58% de las personas mayores de 65 años mientras que, quince años después su valor bajó un 1%, situándose en un 57%, a pesar de que su número absoluto haya crecido. Por tanto, el porcentaje hombres ha estado siempre por debajo, registrando un 42% y un 43% en los respectivos años.

GRÁFICO 3.- SOBREENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN. ESPAÑA. 2002-2017



Fuente: Elaboración propia a partir datos INE. Series detalladas desde 2002 (<http://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=9674>).

Por tanto, podemos decir que estamos ante un fenómeno, el envejecimiento y sobre-envejecimiento de la población española, que parece que ha venido para quedarse por

el momento. Las personas mayores representan un porcentaje creciente de la población, tanto en peso como en número. Además, tal y como explicaba Subirats (2016), estamos experimentando un cambio en la estructura poblacional que requiere, también, de una transformación en el paradigma tanto en el concepto de envejecimiento como en el análisis de los roles socioeconómicos desempeñados por las personas pertenecientes a esta franja de edad.

Este cambio parece estar ya instaurado en nuestra sociedad, a pesar de que muchos autores y autoras no lo contemplan en los escritos y tampoco se materialice en las decisiones políticas, pues existe una gran parte de personas mayores que aportan tanto económica como socialmente en una sociedad enmarcada en un régimen de bienestar familista, como es el caso de España. En este sistema de bienestar los problemas individuales de los integrantes de la red familiar se definen como “asuntos familiares” que exigen la movilización de los recursos económicos y organizativos en una época de crisis económica (Marí-Klose y Escapa, 2015). Analicemos estos aspectos para el caso de España.

4. EL APORTE SOCIOECONÓMICO DE LAS PERSONAS MAYORES ESPAÑOLAS EN EL SIGLO XXI



Las últimas décadas vienen marcadas, como hemos visto, por el sobrevejecimiento de la población. El número de personas que pertenecen a la franja de edad de 65 o más años ha ido en aumento en los últimos tiempos, lo que ha provocado que cada vez registremos un creciente número de mayores en nuestros días. Este resultado está claro desde el punto de vista cuantitativo. Centrémonos ahora en aspectos cualitativos: ¿ha cambiado el papel de este creciente número de personas mayores en nuestra sociedad? ¿Ha condicionado la crisis del 2008 este papel?.

El hecho de que los españoles y las españolas vivamos situaciones difíciles motivadas por el paro, la desigualdad social y la precariedad laboral, para afrontar el período de recuperación, que influye directamente en la estructura poblacional del país, ha causado que los y las mayores tengan que asumir un nuevo papel que nunca antes habían realizado. Son muchos los hogares que necesitan ayuda para poder soportar todos los gastos producidos por la unidad familiar, para el cuidado de personas, etcétera, y son los y las mayores quienes han tenido que responsabilizarse de esto, debido a las características que posee la sociedad española en pleno siglo XXI.

El aumento de la esperanza de vida, la disminución de la fecundidad y la mayor calidad de vida han hecho que crezca la diversidad en las formas familiares, las normas y las costumbres, por lo que se está registrando gran heterogeneidad en lo referente a la situación de las personas mayores en sus relaciones familiares (Bazo, 2008). Las familias españolas comienzan a caracterizarse por la verticalización (Bazo, 2008), que derivará, según algunos autores y autoras, en que se acaben desempeñando tareas de más responsabilidad, o transferencias, desde abajo hacia arriba o viceversa en esta escala vertical familiar (Abellán García y Esparza Catalán 2009).

Este hecho histórico que estamos viviendo, en el que están llegando a convivir en un mismo momento hasta cuatro generaciones de una misma familia (padres/madres, hijos/os y abuelos/as, y a veces bisabuelos/as), ha ampliado las posibilidades de obtener apoyo familiar. No obstante la forma obtenerlo ha mudado debido a que muchas familias no cohabitan en la misma vivienda (Sancho Castiello el al., 2007). De este modo, no solo ha cambiado la estructura familiar, que se ha alargado por el aumento de las generaciones y la disminución del número de personas en cada una de ellas, sino que también ha mudado la duración de los roles y relaciones familiares (Bazo, 2008).

Las nuevas relaciones familiares han impulsado que los hogares y familias españolas activen una serie de mecanismos para poder subsistir a la crisis económica que sufre el país; mecanismos como la solidaridad intergeneracional. La mayoría de los hogares,

incluidos aquellos situados bajo el umbral de pobreza, acuden principalmente a la familia en caso de padecer dificultades económicas frente a otras opciones como el apoyo formal o institucional. En algunos casos combinan ambas vías porque las ayudas oficiales no resultan suficientes (FOESSA, 2017).

Pero, ¿quiénes son esas personas que están excluidas socialmente y que necesitan de las ayudas intergeneracionales para sobrevivir? Las características sociodemográficas de la población excluida sigue un patrón claro.

Si observamos la variable sexo y edad vemos como suelen ser las mujeres jóvenes las que sufren principalmente esa exclusión, sin haber apenas diferencias en los años observados. Vemos que antes de la última crisis económica en España (2008), eran los menores de 16 años (25,1%) y los mayores de 65 (28,7%) los que registraban un mayor porcentaje de población en riesgo de exclusión pero, conforme avanzan los años, vemos que todos los grupos de edad alcanzan un valor más alto que antes de comenzar la crisis excepto las personas mayores, que han visto reducido, y con creces, su número de población en riesgo de exclusión. Podemos decir, por tanto, que aquellas personas que tienen un porcentaje mayor de exclusión son las más jóvenes mientras que las personas de mayor edad registran unos valores más bajos que muestran que su calidad de vida ha mejorado relativamente en estos años de recesión económica y social donde se ha producido un empeoramiento generalizado. Dicho de otra forma, las personas mayores han afrontado relativamente mejor el impacto de la crisis que las generaciones más jóvenes gracias en buena medida a disponer de una vivienda en propiedad (libres de hipoteca), ahorros acumulados y unos ingresos más estables (pensiones); aunque no se han librado de la pérdida de poder adquisitivo generalizada.

TABLA 3.- POBLACIÓN EN RIESGO DE EXCLUSIÓN. ESPAÑA 2008-2016

		2016	2015	2014	2013	2012	2011	2010	2009	2008
M U J E R E S	Total	27,9	28,3	28,9	26,7	27,2	27,4	26,7	25,6	25,1
	< 16	31,0	32,9	35,3	30,4	32,0	32,9	33,5	31,2	30,5
	16-24	41,0	41,1	36,7	35,7	36,7	33,2	31,6	27,8	27,5
	25-49	29,5	29,9	31,6	28,0	28,1	26,9	24,6	22,6	21,2
	50-64	30,2	29,9	30,5	28,8	27,5	25,6	24,8	24,9	24,3
	65 y +	14,9	14,8	14,0	15,0	16,8	22,9	24,9	27,0	28,7
H O M B R E S	Total	28,0	29,0	29,4	27,9	27,3	26,1	25,5	23,8	22,4
	< 16	32,3	34,0	35,4	33,4	30,9	30,4	31,7	32,6	28,6
	16-24	39,7	42,8	40,6	38,0	36,5	31,3	30,3	25,7	24,6
	25-49	28,5	30,2	30,8	29,2	28,6	26,2	25,2	21,5	20,6
	50-64	29,5	29,7	30,4	26,8	25,3	24,6	21,6	21,0	18,9
	65 y +	13,8	12,2	11,4	13,8	16,1	18,9	20,2	22,3	22,9

Fuente: Elaboración propia a partir datos INE. Población en riesgo de pobreza o exclusión social (estrategia Europa 2020) por grupos de edad y periodo en la UE. (<http://www.ine.es/jaxiT3/Tabla.htm?t=11205>).

Además, si observamos la población según la actividad que realizan encontramos una nueva pauta. Así como veíamos que la edad era un factor significativo a la hora de hablar de exclusión social, también lo es la actividad, pues ambas tienen una relación directa. Volvemos a ver que son aquellas personas que están buscando empleo o incluso las que están trabajando las que tienen un mayor porcentaje de exclusión frente a los jubilados que disfrutaban de ingresos más estables y que han experimentado un menor deterioro.

TABLA 4.- POBLACIÓN SEGÚN LA ACTIVIDAD QUE REALIZA

	2007	2009	2013
Trabajando	10,5%	10,8%	15,1%
Buscando empleo	48,5%	48,6%	50,3%
Percibe pensión	15,7%	9,7%	12,3%

Fuente: Elaboración propia a partir datos Informe Foessa (2014).

TABLA 5.- HOGARES SEGÚN LA ACTIVIDAD DE LA PERSONA SUSTENTADORA PRINCIPAL. 2017

Ocupada	57,18%
Parada	7,44%
Jubilada y prejubilada	28,33%
Otras inactivas (estudiante, dedicada a las labores del hogar, etcétera)	7,05%

Fuente: Elaboración propia a partir datos Informe Foessa (2014).

Llegados a este punto lo que se debe aclarar es, ¿quién ayuda a las familias u hogares que están en exclusión social? Los datos anteriores arrojan luz sobre quiénes son estas personas pues, tal y como veíamos, la solidaridad familiar actúa como sostén de muchos hogares, ya que se han desarrollado mecanismos de ayuda informal.

La Encuesta de Presupuestos Familiares (INE, 2016) muestra que la persona sustentadora del hogar suele ser, en mayor medida, una persona ocupada (57,18%), pero también, en una gran parte de hogares, la persona que lo sustenta está jubilada o prejubilada. Por tanto, en la mayoría de los hogares la principal fuente de ingresos es el trabajo por cuenta ajena, pero también lo son las pensiones contributivas y no contributivas. Cabe destacar que si comparamos el año 2006 y el 2017, el sostén de los jubilados/as como fuente principal de ingresos en el hogar aumenta.

Podemos decir que las personas de mayor edad que están jubiladas o prejubiladas son las que, en gran parte, mantienen los hogares españoles pues las personas que trabajan por cuenta ajena, que es la mayor parte de la población española, supera tan solo en un 12,88% a las personas con pensiones contributivas en 2017.

TABLA 6.- PRINCIPAL FUENTE DE INGRESOS DEL HOGAR. ESPAÑA 2006-2017

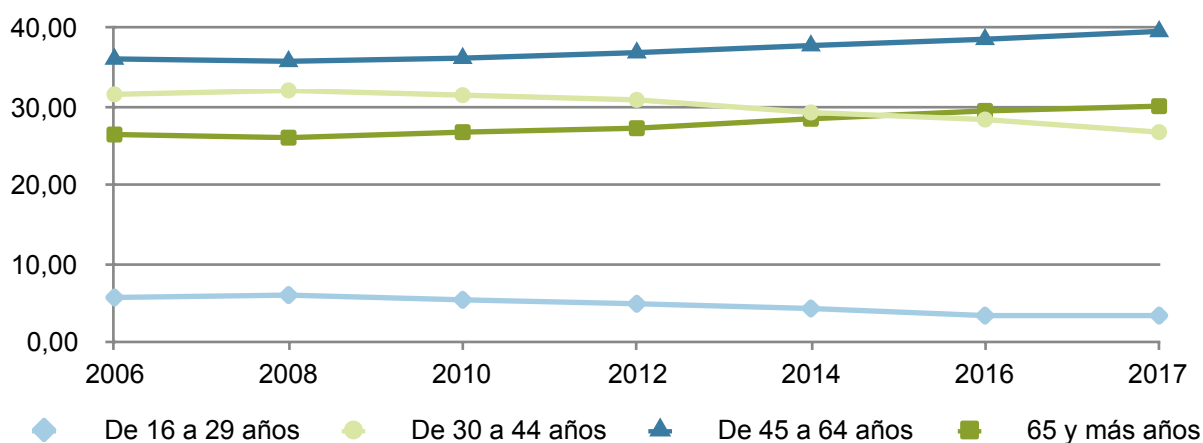
	2006	2017
Trabajo por cuenta propia	12,90%	10,50%
Trabajo por cuenta ajena	52,00%	48,60%
Pensiones contributivas (jubilación, invalidez, viudedad, etcétera)	30,70%	35,10%
Subsidios y prestaciones por desempleo y otros subsidios y prestaciones sociales regulares	2,30%	4,30%
Rentas de la propiedad y del capital y otros ingresos regulares	1,40%	1,60%

Fuente: Elaboración propia a partir datos Encuesta Presupuestos Familiares (Base 2006). (<http://www.ine.es/jaxiT3/Tabla.htm?t=24991&L=0>)⁷.

⁷ En ambos años existe un porcentaje de datos que no constan. En el año 2017 la cifra es de 1,60% mientras que en 2006 este era de 0,70%.

Es decir, las personas mayores han llegado a ser una parte fundamental en la sustentación de los hogares españoles pues, en este periodo de crisis, han pasado a ocupar el segundo lugar en el ranking del grupo edad de personas que aportan de manera periódica (no ocasional) al presupuesto común⁸. Esto está motivado por la mejor posición socioeconómica relativa de este grupo poblacional, en comparación con la precariedad que viven las personas que están en activo.

GRÁFICO 4.- EDAD SUSTENTADOR/A PRINCIPAL DE HOGAR. HOGARES

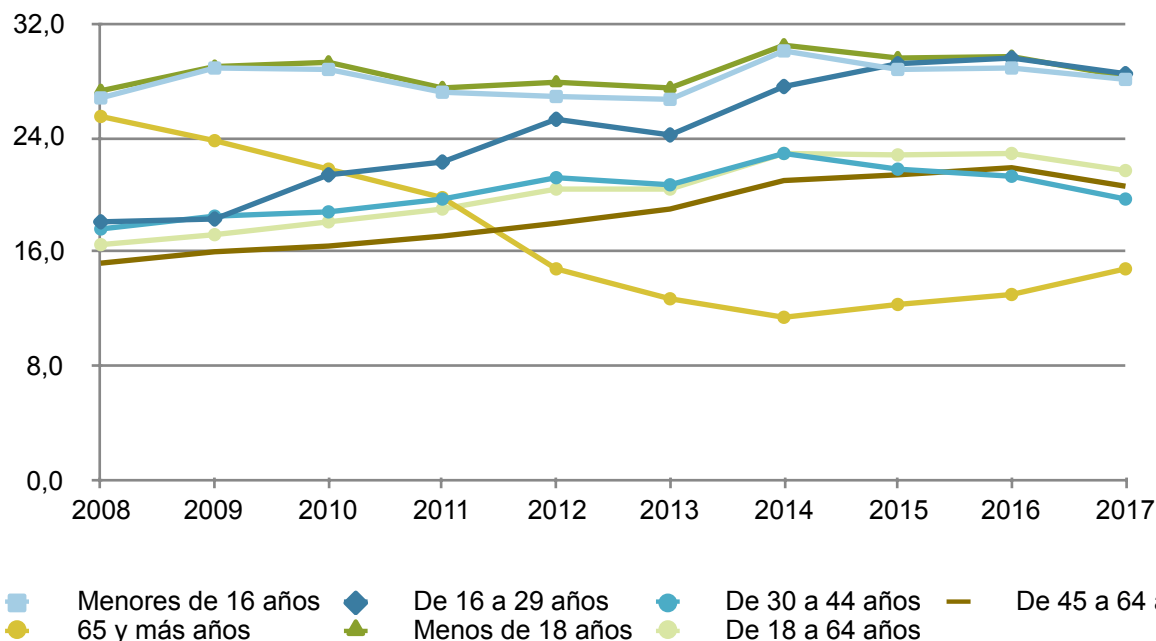


Fuente: Elaboración propia a partir Encuesta Presupuestos Familiares (Base 2006). (<http://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=24982>).

Esta situación se debe a que, en pleno 2018 las personas mayores tienen un riesgo de pobreza mucho menor que la población joven o que aquellas personas en edad de trabajar. Esta paradoja se produce a pesar del poder adquisitivo limitado de muchos pensionistas y la pérdida de capacidad de pago que han experimentado en los últimos años, tal y como ponen de manifiesto sus reclamaciones en la calle.

⁸ Entendemos como presupuesto común el que se destina a atender los gastos del hogar, en mayor grado que las aportaciones de cada uno de las otras personas que componen la unidad familiar.

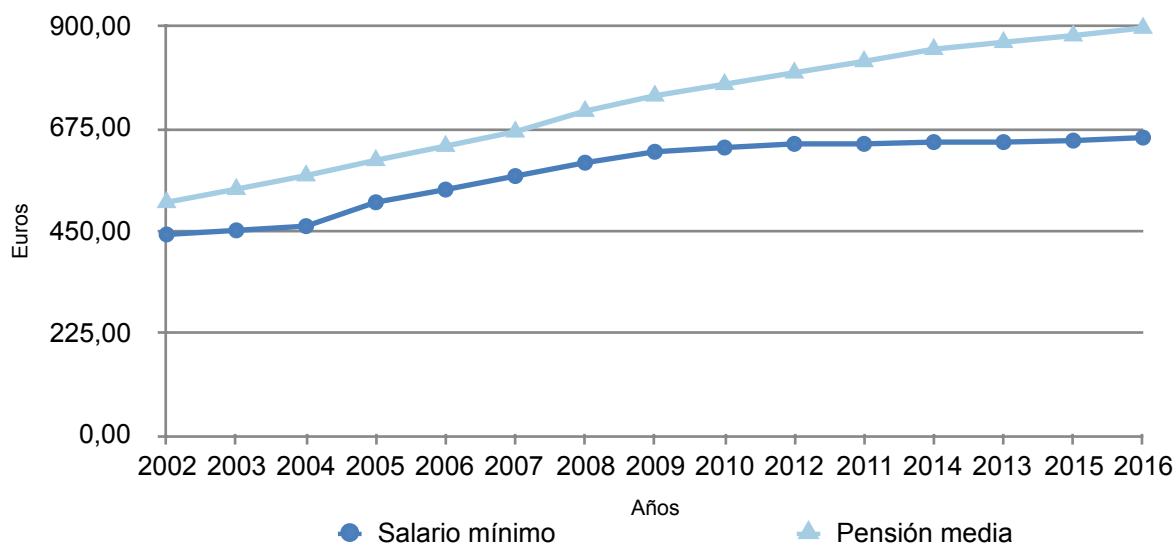
GRÁFICO 5.- RIESGO DE POBREZA O EXCLUSIÓN SOCIAL. ESPAÑA 2008-2017



Fuente: Elaboración propia a partir datos INE. Riesgo de pobreza o exclusión social (estrategia Europa 2020) (renta año anterior a la entrevista). (<http://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=9958>).

Vemos como, años atrás, en 2007, la pensión media y el salario mínimo interprofesional tenían un valor similar, mientras que, conforme pasan los años, la diferencia entre ambos se vuelve mayor, percibiendo una cantidad mayor de dinero aquellos que cobran una pensión media, frente a quienes ganan un sueldo mínimo. Y somos conscientes de que el elevado desempleo, la alta temporalidad y el avance de la precariedad laboral en las últimas décadas se ha traducido en que un mayor número de unidades familiares con miembros activos dispongan de unos ingresos cercanos al salario mínimo; insuficiente para una supervivencia digna. Puede ser este uno de los motivos por los que, en el gráfico anterior, veíamos que son los mayores quienes tienen menor riesgo de pobreza. Además, el hecho de que la inestabilidad del mercado laboral no les influya a la hora de percibir o no su retribución a final de mes puede ser otro factor de menor riesgo de exclusión.

GRÁFICO 6.- SALARIO MÍNIMO Y PENSIÓN MEDIA. ESPAÑA 2002-2016



Fuente: Elaboración propia a partir datos Seguridad Social y Salario mínimo (<http://www.salariominimo.es>).

Tal y como dice Teresa Bazo (1996) es una realidad que las personas mayores ayudan de diversas formas a sus familiares. Ayudan tanto económicamente como instrumentalmente, pues cuidan a sus nietos y nietas, dan apoyo de carácter expresivo, proporcionando, sobre todo, afecto, tiempo, protección y seguridad, principalmente en la infancia y adolescencia. En definitiva, hacen diversos aportes a la sociedad.

Esta aportación y, por tanto, la presencia de los abuelos y las abuelas en la juventud, supone un elemento de referencia para sus familiares, y en especial para los más jóvenes, pues son un apoyo emocional ya que con sus acciones estratégicamente organizadas pueden satisfacer las necesidades psicológicas de las personas que forman el hogar. Incluso, las crianzas y los/as más jóvenes de todas las clases sociales son, entre otros, grupos que pueden precisar y pueden verse beneficiados en su proceso de crecimiento y madurez del tiempo, experiencia y vitalidad de las personas mayores.

Estas dedican, cada vez más parte de su tiempo a satisfacer las necesidades de sus familiares y para poner en valor estos aspectos es necesario centrarnos en el análisis de los usos del tiempo de este grupo de edad para corroborar el aporte que realizan a la sociedad.

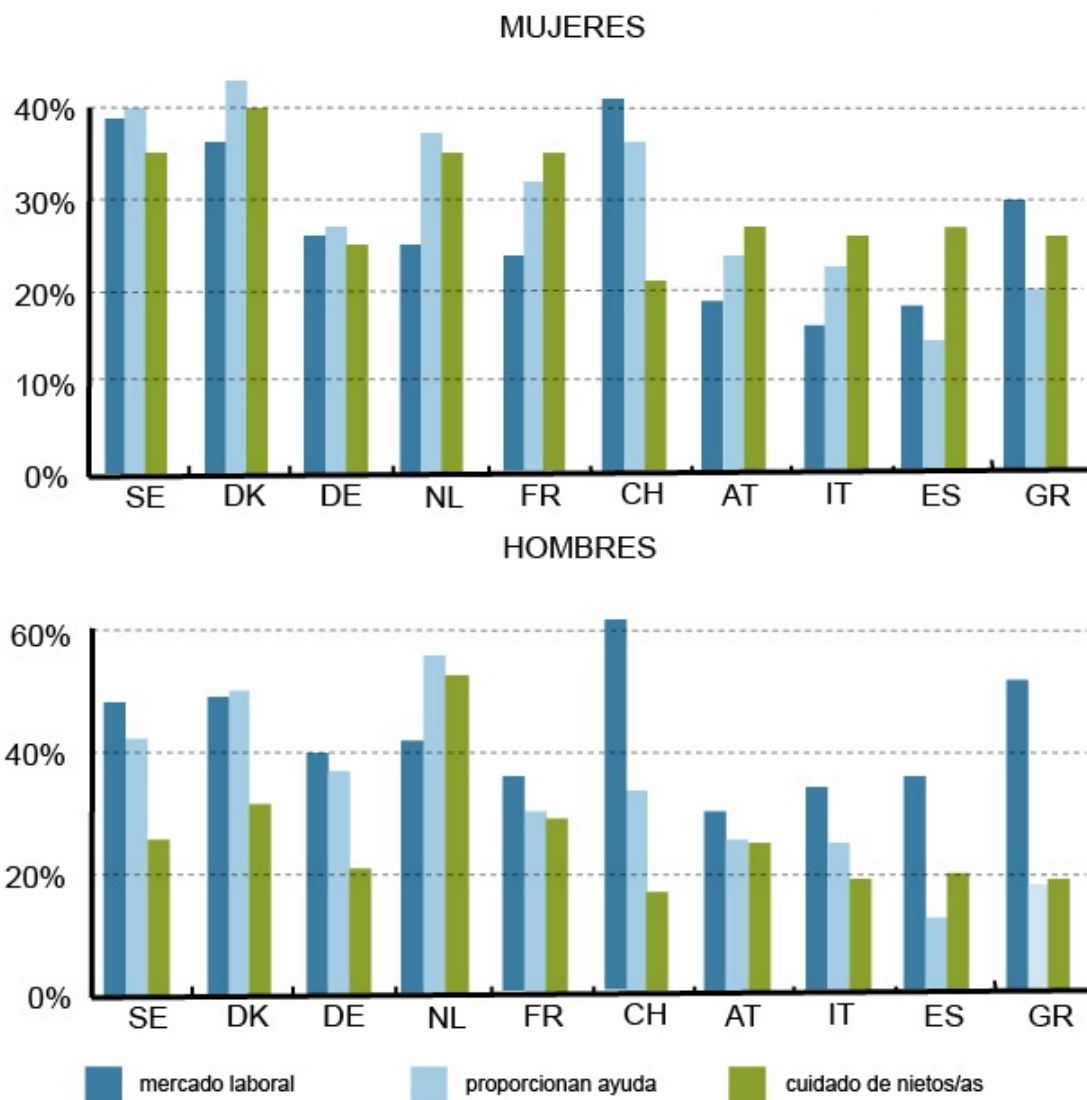
La investigación del empleo del tiempo presenta una historia relativamente larga, que se inicia a comienzos del siglo XIX con la revolución industrial y la incorporación de las jornadas laborales regladas y el control de los tiempos de producción. Sin embargo, la mayor parte de la literatura en este ámbito no se ha enfocado hasta tiempos muy recientes en las personas mayores. Este tardío interés responde, quizás, a dos factores

fundamentales: de un lado, el creciente (y reciente) peso relativo que este segmento de la población ha alcanzado en el conjunto de la sociedad y, de otro, la profunda transformación que ha experimentado el estilo de vida la población mayor de 65 años en las últimas décadas.

En el ámbito internacional, los estudios sobre el uso y distribución del tiempo de las personas mayores ya comenzaron en la década de 1960. En esencia, estos trabajos relacionaban el empleo del tiempo con la calidad de vida y el bienestar (Weber, 1969). Más recientemente, y dentro del Proyecto SHARE (Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe) se han analizado los usos del tiempo de las personas mayores en diversos países. Los resultados publicados en 2005 revelan grandes diferencias entre los países europeos analizados (Dinamarca, Suecia, Alemania, Austria, Francia, Suiza, Bélgica, Países Bajos, España, Italia y Grecia).⁹ No obstante, hay algunas pautas comunes que se repiten en todos los casos: primero, la importante contribución al cuidado de los nietos y nietas por parte de los abuelos (que supone una ayuda en tiempo y un ahorro económico para las familias) y las diferencias de género en el tiempo dedicado a estos cuidados. Pero los dos principales problemas de las aportaciones realizadas por las personas mayores son: las dificultades de medición/cuantificación y la invisibilidad.

⁹ How Do European Older Adults Use Their Time? Enlace: http://www.share-project.org/uploads/tx_sharepublications/CH_5.6.pdf

GRÁFICO 7.- LOS USOS DEL TIEMPO DE LAS PERSONAS MAYORES EN VARIOS PAÍSES EUROPEOS (EN PORCENTAJE)



Fuente: Figura 2 obtenida de: http://www.share-project.org/uploads/tx_sharepublications/CH_5.6.pdf

En el caso de España, la Encuesta de Salud, Envejecimiento y Jubilación en Europa (The Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe, SHARE) sobre la salud, el estado socioeconómico y las redes sociales y familiares de más de 123.000 individuos de 50 o más años realizada en 20 países europeos, muestra que el porcentaje de abuelos y abuelas que cuidan a sus nietos y nietas lo hacen con más frecuencia en los años postcrisis económicas que en el periodo precrisis¹⁰.

¹⁰ Véase la web de las personas mayores: <https://www.mayoresudp.org/dia-de-los-abuelos-abuelas-unaf-y-udp/>

Uno de cada cuatro abuelos/as que tiene nietos/as los cuida, lo que supone una presencia menor que la media europea, donde el ratio es más de uno de cada tres, pero los/as españoles dedican una media de siete horas diarias, dos más que la media europea (Badenes Plá y López López , 2011). Cada vez las personas mayores cuidan más y, aunque son aquellas que realizan dicha función cada día las que aumentan en menor proporción, sí hay un aumento significativo de todas aquellas personas que cuidan. Crecen en mayor medida quienes cuidan todas las semanas (3,1% más) o quienes lo hacen todos los meses (+3,5%) si comparamos los años anteriores a la crisis con aquellos en plena recesión económica. Por otro lado, desciende el número de abuelas y abuelos que ya no cuidan a sus nietos y nietas.

La *Encuesta del Empleo del Tiempo* en 2002-2003¹¹ y su segunda versión para el periodo 2009-2010¹² muestra que el tiempo dedicado por los mayores de 65 años al cuidado de niños es de cero minutos; mientras que la mayor parte de su tiempo diario aparece dedicado a dos partidas bastante genéricas "otros cuidados personales" y "mantenimiento del hogar". Esta peculiaridad llama la atención puesto que en una sociedad familista y en crisis económica como la española resulta confuso que las personas mayores no dediquen tiempo a cuidar de sus nietos y nietas. Aún así, en conjunto, las Encuestas de Usos del tiempo resultan de gran utilidad para observar y analizar las diferencias de género en los usos del tiempo; pero resultan poco útiles para el estudio de las pautas de comportamiento de los mayores de 65 años. En marzo de 2007, el IMSERSO realizó un estudio específico sobre el *Uso del tiempo entre las personas mayores*¹³. Este estudio venía justificado porque, tal y como ya se comentó y se señala también en su introducción, "Las aportaciones económicas y sociales que las personas mayores realizan a la sociedad están, en la mayoría de los casos, fuera del mercado de trabajo y por tanto son «invisibles»". Entre los resultados más destacables cabe comentar el papel clave de los mayores en el cuidado de los nietos y las tareas concretas derivadas (acompañamiento al colegio-guardería, trayectos a actividades extra-escolares, merienda) y las ayudas en especie o dinero (comidas, regalos, etcétera.).¹⁴ Estos aspectos ya habían sido destacados en las conclusiones obtenidas por *Encuesta de*

¹¹ <http://www.ine.es/daco/daco42/empleo/dacoeet.htm>. No obstante, en el caso de España no podemos olvidar las relevantes aportación de Ramos (1995), recogidas en la obra colectiva "Las actividades económicas de las personas mayores" (SECOT, 1995), donde se dedica un capítulo exclusivo al uso del tiempo de las personas mayores a partir de la encuesta realizada por el CIS en 1987 (Empleo del Tiempo libre y su uso de los medios de comunicación en España).

¹² http://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736176815&menu=resultados&idp=1254735976608

¹³ <http://www.imserso.es/InterPresent2/groups/imserso/documents/binario/boletinopm27.pdf>

¹⁴ Conclusiones similares ya habían sido obtenidas por el trabajo de Tobío, Fernández Cordón y Argulló, (1998).

Condiciones de Vida de los Mayores 2004, publicadas en el «Informe 2004: Las personas mayores en España»¹⁵; donde se destaca que casi el 80% de mujeres mayores han estado implicadas alguna vez en el cuidado de sus nietos/as (frente a un 69% de los varones). A este respecto, Lourdes Pérez en su trabajo de investigación "Envejecer en Femenino. Las mujeres mayores en España a comienzos del Siglo XXI" destaca cómo un importante porcentaje de mujeres mayores cuidas de sus nietas y nietos desempeñando un rol clave en la conciliación familiar de sus hijas/hijos y un ahorro económico determinante (Pérez Ortiz, 2003).

El hecho de que las personas mayores estén cuidando más se debe a que en esta época la precariedad laboral ha aumentado y los salarios se han deteriorado, lo que provoca que muchas familias no puedan acceder a pagar una guardería y se decantan por dejarlo a cargo de sus padres mientras trabajan. Tampoco podemos olvidar que la opción de acceder a una plaza pública es reducida debido a las políticas sociales de recorte que han inundado e inundan España. Además, el hecho de que el mercado laboral esté marcado por la temporalidad y la inestabilidad, hace que esas madres y padres tengan que trabajar más horas para poder tener una vida digna, y en muchos casos encadenan varios trabajos.

Estos problemas del mercado laboral han traído consigo que, a parte de prestar esos cuidados, las personas mayores también tengan que prestarle dinero a sus hijos debido a las dificultades económicas por las que pasan. Según la encuesta SHARE, el porcentaje de padres, mayores de 50 años, que en el último año han dado 250 euros o más a sus hijos e hijas ha ido en aumento, registrando antes de la crisis un valor de 7% hasta llegar a un 10% en 2013. La cifra seguramente esté infravalorada porque en muchos casos se trata de ocultar la precaria situación familiar. Por otro lado, las pensiones son limitadas por lo que en la mayoría de los casos la ayuda se materializa en especie (alimentos, ropa, etcétera.). Datos más recientes recogidos en el Centro de Investigaciones Sociológicas (2018), muestran que en 2018 un 37,7% de los abuelos y las abuelas han ayudado económicamente a las familias, porcentaje que ha ascendido considerablemente si comparamos el valor obtenido en el 2010 (15,1%). Esta variable ha alcanzado su cifra más alta en 2014, con un 59,4% de personas mayores que ayudaban económicamente a sus familias —seis de cada diez— pero se ha ido reduciendo en los últimos años —44,2% en 2016— (Unión Democrática de Pensionistas España 2016). Según la Fundación EDUCO

¹⁵ Abellán García, Antonio; María Dolores Puga González, Lourdes Pérez Ortiz; Mayte Sancho Castiello (coord.) (2005): *Las personas mayores en España informe 2004 : datos estadísticos estatales y por comunidades autónomas*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Secretaría de Estado de Servicios Sociales, Familias y Discapacidad, Instituto de Mayores y Servicios Sociales (IMSERSO) <http://www.imserso.es/InterPresent2/groups/imserso/documents/binario/informe2004v1.pdf>

(2015), en 2015 los abuelos y abuelas aportan 290€, de media al mes, para ayudar a hijos/as y nietos/as. Por tanto, ¿qué generación sostiene y cuál es sostenida?

Los datos también revelan que el porcentaje de mayores que han recibido ayuda económica por parte de familiares o amigos ha descendido considerablemente en los últimos años. Han pasado de ser un 12,5 % en 2010 a un 6,2% en 2016, se ha reducido más de la mitad. El porcentaje disminuye en 1,5 puntos porcentuales respecto al registrado en 2014 (7,6%) y 2012 (7,5%) (Unión Democrática de Pensionistas España, 2016). Por tanto, se observa como las personas mayores están asumiendo el papel de sustentadoras principales y de salvavidas para muchos de los hogares españoles, más que de cargas como muchos autores y autoras reiteran.

Cabe destacar que, según la Unión Democrática de Pensionistas España (2016), muchas de esas personas que reciben la ayuda económica por parte de los mayores no podrían vivir dignamente sin dicha ayuda. El porcentaje de esa aportación económica es imprescindible para vivir en el 66,9% de los casos. También es importante recalcar que aunque el número de personas mayores que reciben ayuda económica es inferior, el porcentaje de su importancia es mayor: 69,7% de las personas mayores necesitan dicha aportación para vivir, a pesar de que es menor que otros años (76,6% en 2014).

Esta concepción no se contemplaba hace tres décadas, cuando las transformaciones en la estructura y la tipología de las relaciones informales comenzaban a cuestionar el papel de la familia en la gestión del bienestar. Dentro de este contexto se producía una progresiva individualización de las dinámicas de relación en los hogares, acceso de las mujeres al mercado de trabajo, cambio en la tipología de las familias, el número de miembros o el modelo demográfico (envejecimiento de la población, reducción de la tasa de natalidad, hogares de menor tamaño, formas de convivencia alternativas al modelo tradicional etcétera). No obstante, ante una crisis prolongada, el modelo de solidaridad tradicional está resultando cardinal como amortiguador de las necesidades (Martínez Virto, 2014). Y el sentido de esta solidaridad parece claro; preferentemente de generaciones mayores a jóvenes.

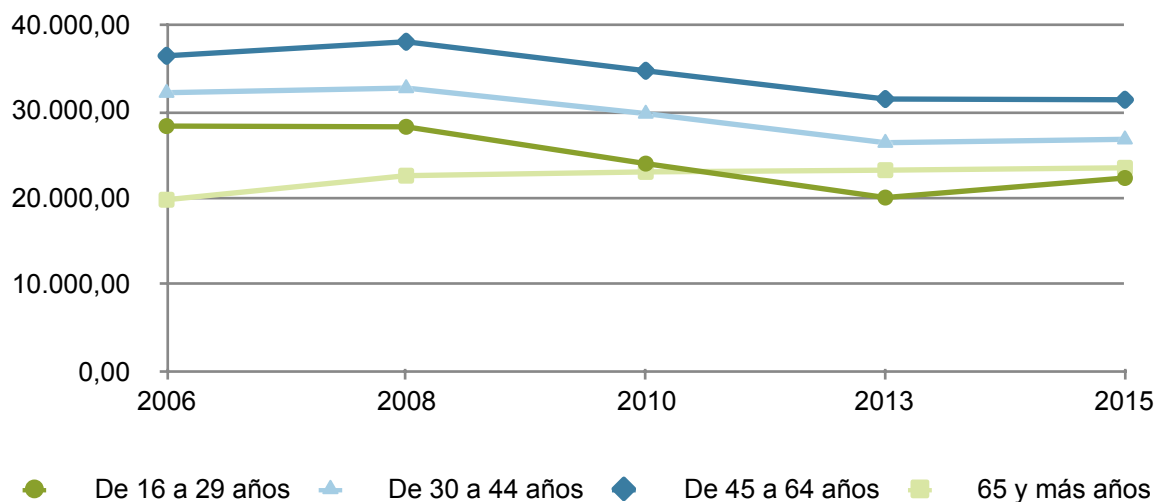
Las familias en España han ocupado un espacio relevante, marcado por un contexto excluyente en materia de empleo y protección social donde las limitaciones del espacio económico y político han venido siendo compensadas, tradicionalmente, por ellas (Martínez Virto, 2014). En este sentido, el papel fundamental que las familias mediterráneas vienen ejerciendo en la provisión de bienestar y en la garantía y asentamiento de las situaciones de integración social (Sarasa Urdiola, 1994). No obstante, los cambios sociales mencionados (procesos de individualización, nuevas formas de familia o la extensión de las dificultades en

el marco de la crisis) podrían estar debilitando la capacidad de contar con el tradicional apoyo familiar.

Las familias, y en particular las personas mayores quienes ejercen sus roles familiares más tiempo y de forma más significativa (Bazo, 2008), están convirtiéndose en un amortiguador fundamental de la crisis y del desempleo, compensando algunas situaciones de privación y dificultad, y previniendo el desarrollo de itinerarios de descenso a los espacios de la exclusión. Por tanto, en un primer momento, estas realidades se ven más amortiguadas en los hogares que poseen una sólida red de apoyo, por lo que las dinámicas de solidaridad intrafamiliar podrían estar actuando, al igual que lo han hecho a lo largo de la historia mediante la satisfacción de muchas necesidades primarias, como un factor fundamental en la provisión de bienestar de las personas, tal y como dice Martínez Virto (2014). Esta protección familiar no solo resulta imprescindible como “colchón” ante las situaciones de dificultad, sino que alcanza una “multiprotección” que acoge elementos como el apoyo económico, residencial o la ayuda emocional, entre otras. Sin embargo, a pesar de este innegable papel, estudios como Laparra y Pérez (2012) comenzaban a constatar que, tras varios años de crisis económica, el recurso tradicional de la solidaridad familiar como soporte básico para enfrentar los problemas sociales empieza a mostrar ciertos síntomas de sobrecarga y agotamiento.

Además, las personas mayores no solo realizan los aportes socioeconómicos mencionados con anterioridad, sino que también contribuyen a la economía con sus propios gastos. A pesar de ser uno de los grupos de población que menos gasta, en el periodo de crisis ha sido el único grupo edad que ha aumentado su gasto medio, mientras que todos los otros segmentos de edad lo han reducido.

GRÁFICO 8.- GASTO MEDIO POR HOGAR. TOTAL POBLACIÓN



Fuente: Elaboración propia a partir de Gasto total y gastos medios de los hogares. (<http://www.ine.es/jaxiT3/Tabla.htm?t=10638&L=0>)

Por otra parte, las personas mayores son un capital social que debemos destacar y tener en cuenta en nuestra vida diaria. Ellas pueden ofrecer a la sociedad diferentes aportes y percepciones derivadas de su experiencia vital. Sus actitudes y visiones de la vida pueden resultar muy útiles para las generaciones posteriores (Gobierno de Chile, 1996). Es más que obvio que realizan una función educativa enorme e importante en la sociedad, además de desempeñar una relación afectiva con sus nietos y nietas y de transmitir una serie de valores a los más jóvenes. Las personas mayores ofrecen una serie de conocimientos que ningún otro grupo de edad puede dar (Badenes Plá y López López, 2011).

Según datos del CIS (2018), las personas españolas consideran que los abuelos y las abuelas realizan diversas contribuciones a la sociedad, como es dar apoyo emocional (23,4%), dar consejos (23,1%), transmitir la historia familiar (10,7%), etcétera.

En conjunto, las conclusiones recogidas en el *Informe Uso del tiempo entre las personas mayores* ponen en evidencia las claves que rodean a la aportación de las personas mayores a la familia y a la sociedad: invisibilidad, estereotipos y relevancia:

“Aunque las consecuencias más debatidas del envejecimiento de la población se relacionan con el aumento en el gasto social y sanitario que supone, las personas mayores hacen numerosas y continuadas aportaciones económicas y sociales a la sociedad. Estas contribuciones, al estar fuera del mercado de trabajo, son «invisibles» y pocas veces se contabilizan. Las personas mayores contribuyen al sostenimiento del Estado de Bienestar desde su apoyo a la familia, con el cuidado de nietos, personas dependientes y ayudas informales a otros hogares. No menos importante es su contribución social en forma de voluntariado y participación ciudadana, y su aportación económica a través del consumo o el trabajo remunerado. Los estereotipos existentes y tan extendidos en nuestros días, nos ofrecen una imagen de las personas mayores asociada al gasto y a la carga social, impidiéndonos dar la importancia que se merece a las aportaciones que realizan. La mayoría de las personas mayores se encuentran en una situación de autonomía personal y participan activamente de su entorno” (Ramos Torre, 1995, p.36).

En esta misma línea camina el trabajo de M. T. Bazo (1996), quien señala que la sociedad analiza con prejuicios a las personas mayores dando por hecho que son receptoras de ayudas y de cuidados en base a su supuesta dependencia y fragilidad. Como revela la autora, esto es cierto en una proporción que en el grado máximo de dependencia no suele exceder del 10-15%, pero no es representativo ni justo para el resto. Es más, como concluye en su estudio, resulta más elevado el porcentaje de personas mayores que acogen en su casa a hijas o hijos que debido a la precariedad económica no pueden independizarse, apoyan económica, material y afectivamente a los hijos y nietos y aportan solidez a estructuras familiares precarias gracias a su papel activo.

Por tanto, podemos decir que las personas mayores realizan tanto funciones educativas, más allá de la estrictamente académica, y de transmisión de valores, de apoyo afectivo —realizan una función más distendida de apoyo afectivo, moral y práctico—, función de socialización primaria —los nietos y nietas se pueden acercar a realidades diferentes gracias a los y las mayores; realidades que de otra forma no tendrían acceso—, función de establecimiento de un vínculo con las raíces para la configuración de la identidad personal y de transmisión de la cultura y memoria familiar (Sánchez Fuentes, López López y González Hincapié, 2015). Todas estas al margen de las ya mencionadas como son el cuidado, el aporte económico, etcétera.

Con todo esto, es posible concluir que los mayores vienen aportando socioeconómicamente a nuestra sociedad y lo realizan con mayor intensidad desde que el país ha entrado en un periodo de recesión económica debido a la solidaridad intergeneracional que marca nuestra sociedad familista. Es más, estas personas, como hemos venido diciendo, están liderando un nuevo movimiento en el que, por primera vez en la historia, se está realizando un doble

esfuerzo. Las personas mayores ya que han cuidado y aportado, en su época más joven y lo vuelven a hacer ahora cuando, según el papel tradicional que teóricamente le asigna el sistema capitalista, deberían estar realizando otro tipo de actividades de carácter “más” pasivo desde el punto de vista socioeconómico y productivo.

5. A MODO DE REFLEXIÓN FINAL. ¿ANTE UN DILEMA? EL NUEVO PAPEL DE LAS PERSONAS MAYORES



El envejecimiento población ha sido un tema muy poco tratado a lo largo de la historia; y en la mayoría de los casos su enfoque destilaba un cierto carácter peyorativo. Esto es, las personas mayores se consideraban exclusivamente como una "carga" desde el punto de vista de los cuidados, los costes en pensiones o el gasto sanitario. Sin embargo, el rápido avance del proceso de envejecimiento desde las últimas décadas del siglo XX ha derivado no solo en más estudios sino en nuevos enfoques de análisis¹⁶. Hoy en día las teorías que estudian el envejecimiento se pueden dividir en dos perspectivas claramente marcadas: aquellas que lo consideran desde una óptica positiva (gerontología crítica, feminista, etcétera) y otras que lo hacen desde un punto de vista negativo (teorías modernas, funcionalistas, etcétera).

En realidad, los datos estadísticos revelan de manera irrefutable cómo las economías más desarrolladas presentan un grave desequilibrio demográfico protagonizado por la combinación de bajas tasas de natalidad y progresivo envejecimiento de la población en un marco de aumento histórico de la esperanza vida. En consecuencia, encontramos ya más de setenta países del mundo por debajo de la tasa de reemplazo generacional; y en este grupo de países vive casi la mitad de la población mundial. España representa un excelente caso de estudio en este ámbito. Su baja tasa de fecundidad apenas alcanza 1,4 hijos por mujer en edad fértil (según los datos del INE) y las madres españolas son las que tienen más tarde a su primer hijo dentro de la Unión Europea con 31,7 años. Esta tendencia no es nueva; de hecho, el nivel de reemplazo generacional (2,1 hijos por mujer) que garantiza la renovación de una población y su supervivencia no se logra en España desde 1980, es decir, desde hace 35 años.¹⁷ En consecuencia, la edad media de la población española ya alcanzó los 42 años en 2014; de permanecer esta tendencia, caminamos hacia "un país de viejos".

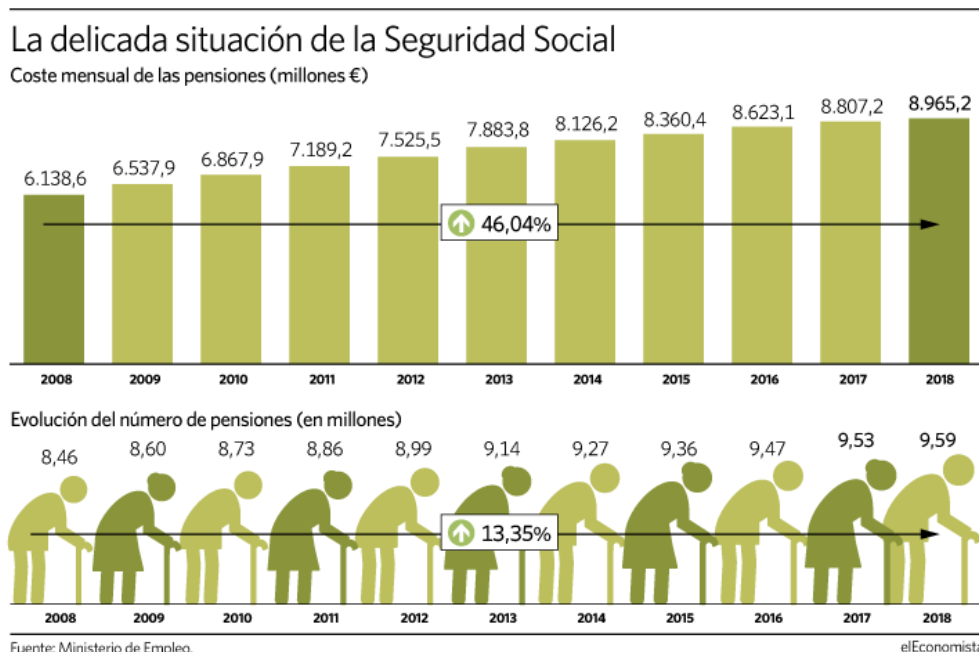
Esta situación demográfica no responde exclusivamente a un cambio en las pautas culturales. Si bien es cierto que las mujeres tienen mayor libertad y menor presión social en torno a su decisión de ser madre o no; parece que la baja fecundidad en las últimas décadas ha ido unida intrínsecamente al deterioro del mercado laboral y las condiciones de vida de los jóvenes. Según el Informe del Instituto de Política Familiar a las españolas les gustaría tener más hijos (2,3 hijos de media) y en edad más temprana. La razón fundamental de que

¹⁶ La investigación se interesa por el envejecimiento: <https://www.mayoresudp.org/la-investigacion-se-interesa-envejecimiento/>

¹⁷ Y la inyección de las madres extranjeras (75.748 nacidos en 2014) no consigue frenar la caída en picado de la natalidad, que se encuentra en niveles dramáticos, véase el informe Demografía y natalidad en España 2015, Instituto de Política Familiar, enlace: <http://www.ipfe.org/>

estos deseos no se materialicen se encuentra en las dificultades económicas de los jóvenes para independizarse, desarrollar una carrera profesional y formar una familia; esto es, la precariedad y la falta de confianza en el futuro condiciona la decisión de tener hijos. El deterioro de las oportunidades laborales de las generaciones más jóvenes ha generado otro fenómeno inédito desde un punto de vista histórico: "Cada vez son más los pensionistas que ingresan más que los trabajadores en activo". Hasta el punto de que alrededor de una tercera parte de los jubilados tiene hoy una pensión igual o superior al salario más frecuente en España¹⁸. Esta tendencia se traduce en una insostenibilidad de nuestro sistema productivo a medio plazo desde dos puntos de vista: primero, el efecto demográfico, ya que el crecimiento de la población se frena; y segundo, el efecto económico, el elevado desempleo y el aumento de la precariedad frena la recaudación vía cotizaciones sociales lo que se traduce en una incapacidad financiera del sistema. Ambos fenómenos ya están en marcha: envejecimiento alarmante y creciente déficit en la Seguridad Social. En consecuencia, la situación resulta tan retorcida que en un país donde las pensiones no destacan por su elevada cuantía, los pensionistas se han convertido en un pilar esencial para el sostenimiento económico de las familias, inmersas en elevadas tasas de desempleo y precariedad laboral.

GRÁFICO 9.- LA DELICADA SITUACIÓN DE LA SEGURIDAD SOCIAL EN ESPAÑA



Fuente: Basado en los datos del Ministerio de Trabajo, Migraciones y Seguridad Social. Obtenida de <http://www.eleconomista.es/economia/noticias/9092107/04/18/El-retraso-en-la-reforma-de-pensiones-ya-cuestan-mas-de-5000-millones-al-ano.html>.

¹⁸ Ministerio de Trabajo, Migraciones y Seguridad Social, enlace: <http://www.seg-social.es/wps/portal/wss/internet/Inicio>

La situación descrita es conocida y reconocida en nuestro marco actual; lo paradójico es que siendo conscientes de ello parece haber una cierta incapacidad y/o falta de voluntad política para revertirla. De hecho, la aportación estratégica de las personas mayores al funcionamiento del sistema socioeconómico es un tema que ha ido ganando importancia y visibilidad en las últimas décadas no solo en el ámbito académico sino también en otras esferas. Si realizamos un rápido repaso a la hemeroteca más reciente nos encontramos con numerosos titulares y artículos de opinión que tratan esta cuestión y que comparten en general una misma filosofía coherente con el enfoque que ha tratado de ofrecer este trabajo. Hay un cambio de paradigma en nuestra sociedad en torno a las personas mayores tanto en su aspecto cuantitativo (envejecimiento y sobre-envejecimiento) como cualitativo (función socioeconómica y actividad vital).

En este sentido, son muchos los medios de comunicación escritos que transmiten la realidad de que las personas mayores son sostenes económicos de importantes segmentos de la sociedad. El periódico El Diario, ofrecía en un artículo publicado en julio de 2016 un titular revelador para el caso español "Los abuelos, la verdadera 'renta básica' para miles de parados de larga duración"¹⁹. Según un estudio de la Fundación 'La Caixa', cerca de 300.000 familias viven de la pensión de los abuelos²⁰. Esta conclusión resulta similar a la obtenida de los datos de la última Encuesta de Presupuestos Familiares, que señala como el 29,50% de los hogares tienen su principal fuente de ingresos en una persona jubilada, frente al 27,1%, de la entrega anterior. Esta situación se torna más dramática si tenemos en cuenta que más de la mitad de los mayores de 65 años (el 57%) dicen llegar con algún grado de dificultad a fin de mes. De alguna manera, cuando generaciones más jóvenes viven de la pensión de los mayores no solo están sufriendo las consecuencias nefastas de bloquear su proyecto vital y laboral sino que además se están repartiendo la "escasez" de una pensión. Así, según los datos de la última Encuesta de Condiciones de Vida²¹ –del 2016, con datos del 2015– el 13% de la población de más de 65 años se sitúa por debajo del umbral de pobreza, un porcentaje que va al alza si se compara con los datos del 11,4% del 2014 y del 12,3% del 2015. Se entiende por "umbral de riesgo de pobreza" cuando los ingresos de la familia se sitúan por debajo del 60% de la mediana del total: así, la encuesta

¹⁹ Hemeroteca El Diario. "Los abuelos, la verdadera 'renta básica' para miles de parados de larga duración". https://www.eldiario.es/eldiarioex/economia/abuelos-verdadera-basica-parados-duracion_0_534047532.html

²⁰ VVAA (2012): 'Crisis y fractura social en Europa. Causas y efectos en España', Informe de la Obra Social La Caixa. Consulta on line: https://multimedia.caixabank.es/lacaixa/ondemand/obrasocial/pdf/estudiossociales/vol35_es.pdf

²¹ INE Encuesta de Condiciones de Vida, 2016: http://www.ine.es/prodyser/pubweb/anuario16/anu16_07condi.pdf . Véase también Hemeroteca El Periódico, <https://www.elperiodico.com/es/economia/20170826/dependientes-pension-abuelo-6241474>

del INE del 2016 determina el umbral de pobreza a partir de unos ingresos anuales inferiores a 8.209 euros para el caso de hogares con una persona; o por debajo de 17.238 euros, para el caso de hogares compuestos por dos adultos y dos menores de 14 años. A veces no se trata solo de aportar techo y comida sino también de ayudar cuando las generaciones más jóvenes viven en otra vivienda; y esto es más difícil de cuantificar. Porque los pensionistas no solo resultan un pilar fundamental en las familias con miembros en paro hasta el punto de convertirse en un recurso y un sustento básico sino también en aquellas otras donde otros miembros trabajan en condiciones precarias. Resulta evidente que las personas mayores cada día están más presentes en el día a día de sus hijos, hijas, nietos y nietas para que estos puedan sobrevivir. Han asumido el papel de abuelos y abuelas impregnado de una gran responsabilidad intensiva de cuidado ante unos padres que se ausentan —llamado abuelo/a sustitutivo/a—, además de estar presentes en situaciones más informales como pueden ser los juegos —abuelos/as lúdicos/as— (Sánchez Fuentes, López López y González Hincapié, 2015).

Retornemos de nuevo a la cuestión clave, ¿es lógico y sano, viable y sostenible a medio plazo un sistema donde los mayores de 65 años se convierten en el sostén de las generaciones más jóvenes? A este respecto, Alfonso Novales, catedrático de Análisis Económico de la Universidad Complutense, detecta una tendencia muy peligrosa²²: “En España no hay pobreza absoluta. Pero está aumentando mucho la relativa y la desigualdad social. Y eso es muy grave, porque tiene efectos negativos en indicadores relacionados con la educación y la sanidad”. El reparto entre toda la familia de una exigua pensión logra paliar situaciones de grave exclusión social, pero hace que la pobreza relativa se extienda como una mancha de aceite, afectando a todos los miembros del hogar.

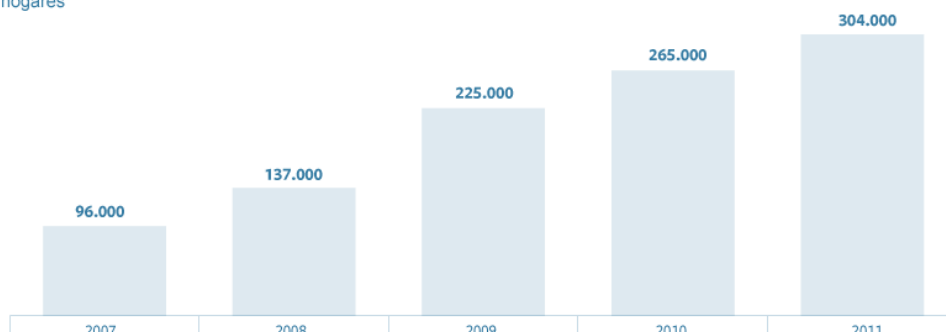
²² Hemeroteca El País, https://elpais.com/sociedad/2012/03/24/actualidad/1332607962_224569.html

GRÁFICO 10.- EL IMPACTO DE LA CRISIS EN LOS HOGARES CON ANCIANOS/AS

EL IMPACTO DE LA CRISIS EN LOS HOGARES CON ANCIANOS

■ HOGARES EN LOS QUE TODOS LOS MIEMBROS ESTÁN EN PARO Y DONDE VIVE ALGUIEN MAYOR DE 65 AÑOS

Número de hogares



■ PORCENTAJE DE FAMILIAS CON TODOS SUS MIEMBROS EN PARO EN...

■ ... los hogares con el sustentador principal mayor de 65 años



■ ... los hogares en los que hay algún anciano



■ ... el total de hogares



■ TASA DE RIESGO DE POBREZA

(situada por debajo del 60% de la mediana de los ingresos equivalentes)



Fuente: CIPARAIS (Universidad Pública de Navarra). Basado en la EPA (media anual), INE. Obtenida de: https://elpais.com/sociedad/2012/03/24/actualidad/1332607962_224569.html

Por tanto, nos encontramos ante una realidad donde se ha obligado a las generaciones hoy jubiladas a un doble esfuerzo: primero, contribuir para sostener el sistema mientras permanecieron en activo y, segundo, servir de red una vez ya jubilados para el sostenimiento de las generaciones más jóvenes²³. Siendo conscientes de esto, ¿podemos seguir identificando a las personas mayores como una carga social y económica para nuestro sistema? ¿Qué pasará dentro de unos años cuando los/as abuelos/as de hoy se mueran y lleguen a la edad de jubilación las generaciones que han sufrido con mayor virulencia el deterioro y precariedad laboral? La crisis de comienzos del siglo XXI ha acelerado y agravado estas tendencias que ya se fueron configurando en las últimas

²³ Este es un hecho constatado no solo por los académicos y académicas, sino que ya está siendo observado y analizado desde la propia sociedad española. <https://www.mayoresudp.org/el-papel-de-los-abuelos-en-la-actualidad/>

décadas del siglo XX. En un sistema económico donde las personas se valoran por su aportación productiva y el salario representa el principal ingreso de la mayor parte de la población y condiciona el estatus social y profesional de las personas resulta urgente y esencial corregir las pautas descritas con nuevas medidas políticas.

Quizás el primer paso hacia este cambio de rumbo debería comenzar por una transformación de la concepción que la sociedad española tiene sobre la ancianidad. En este ámbito la modificación de las políticas públicas implementadas por el Estado también resulta esencial. En general, las políticas públicas destinadas a este gran colectivo de personas resulten básicamente obsoletas y poco satisfactorias para sus destinatarios, pues consideran a la persona mayor más como objeto de atención que como sujeto que pueda decidir sobre lo que le conviene (Subirats, 2018). Debemos superar ya la concepción negativa asociada a la vejez, el “agism” acuñado por Judith Butler. Esta construcción social de la vejez condiciona el tipo de políticas de protección social que se pueden desarrollar en un país y, en este sentido, en Europa estas medidas que configuran el Estado de Bienestar se pueden dividir en cuatro modelos principales en cuanto al tipo de regulación, cobertura, elegibilidad, tipo de prestaciones, consideración de la importancia de los cuidados informales, financiación y gestión de la protección social. Son el nórdico, el anglosajón, el continental y el mediterráneo. El caso de España, que se encuentra inmerso en un modelo de Bienestar social mediterráneo, se caracteriza por ser totalmente asistencial donde la familia es la columna vertebral del sistema de cuidados, sobre todo en relación a la atención de personas en situación de dependencia, que es asumida totalmente por las mujeres que, con la entrada en el mercado laboral, sufren una doble jornada (cuidadora y trabajadora). Con respecto a las medidas, estas son de carácter mixto (prestaciones o servicios) pero totalmente insuficientes por lo que no garantizan una protección universal y sostenible (Rodríguez, 2006).

Si bien es cierto que la situación española con respecto al marco jurídico del Bienestar Social experimentó un cambio muy grande y una modernización con la aparición de la Ley 39/2006 de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a Personas en situación de Dependencia (LAPAD) —creando su vez el Sistema para la Autonomía y Atención a la Dependencia (SAAD)—, la realidad muestra que la poca inversión que se hizo en ella en sus comienzos y los posteriores recortes que llegaron en la crisis económica, no evitaron que, a pesar de su carácter de derecho a la ciudadanía y a la atención que pretendía la autonomía y empoderamiento, siguiera inspirándose en el asistencialismo, el familismo, y siguiera colocando a determinados grupos de población en situación de vulnerabilidad e indefensión extrema, como pueden ser las personas mayores y muy mayores (Fuente, Sotomayor y Martín, 2016).

Este marco normativo español tiene como base las teorías funcionalistas del envejecimiento, de ahí que las medidas sigan centradas más en un corte sanitario e individualista. Estas parten de la imagen de la vejez como “un problema social que resulta de la jubilación obligatoria, los cambios estructurales en la familia y los procesos de industrialización y urbanización” (Giró, 2004, p. 20). Los cuales se focalizan en la individualización de la vejez y en su homogeneización, y se basan en ese “agisme” para la implementación de sus medidas.

En la actualidad, nos encontramos en un nuevo paradigma más complejo e integral que lucha por instaurarse: el paradigma del envejecimiento activo, entendiéndolo como un proceso de participación continua de las personas en todos los ámbitos independientemente de los apoyos que necesiten para lograrlo. Se pretende que, como ya hemos dicho, las personas mayores sean protagonistas de su vida, con un quehacer proactivo, aunque este sea diferente para cada individuo. Este nuevo paradigma ni está bien contemplado ni es adecuadamente interpretado por las políticas públicas, pues siguen instauradas en la idea de que “el cariño no tiene precio”. Tal y como explica Subirats (2018), el afecto es un valor a preservar por encima de todo ya que no es necesario ni conveniente institucionalizarlo, pues no es mercantilizable en su valor real, ni tampoco es posible “retribuirlo” en su justa medida y, finalmente, al provocar que sea la familia, y en concreto las mujeres quienes se encargan del cuidado, nadie se pregunta si “las cosas podrían hacerse de otra manera”.

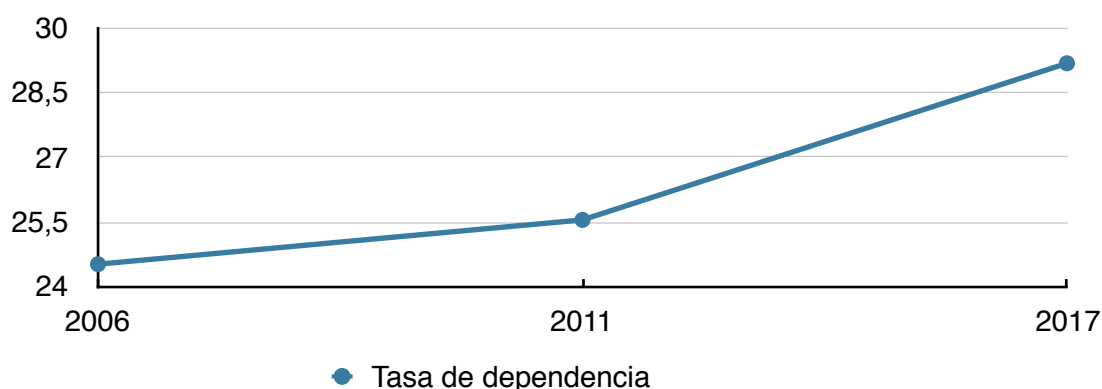
A pesar de que en esta época de recortes las personas mayores han estado, como hemos visto, en una situación comparativamente de menor vulnerabilidad que otros grupos, a los poderes públicos les resulta complicado cambiar de discurso, reconocer las debilidades existentes y reformar estructuralmente los derechos y prestaciones, en un momento en el que su legitimidad ha sufrido una fuerte caída. Debido a que la legitimidad de los derechos de las personas mayores en nuestro sistema capitalista se ha ido construyendo sobre las lógicas de prestación y protección, ahora resulta muy complicado construir otro marco en el que se prime la autonomía, la responsabilidad compartida y las lógicas cooperativas.

Según la lógica tradicional que ha regido nuestro sistema desde la Revolución Industrial en siglo XVIII, las personas mayores deberían estar ahora mismo ejerciendo como parte de ese cliché que los considera como población que está necesitada de ayuda tanto económica como de cuidados, de provisión de bienestar. Esto es, hoy en día, deberían estar enmarcados dentro de la ley de dependencia. Si bien es cierto que los datos del INE sobre la tasa de dependencia, entendida esta como el porcentaje de personas que han declarado dificultades para realizar alguna de las actividades corrientes de la vida diaria, muestran que ha ido en aumento. Algo lógico en una sociedad con elevada tasa de sobre-envejecimiento y larga esperanza de vida. No podemos olvidar que tal y como hemos tratado en el punto

anterior, no podemos seguir con la idea de que las personas mayores son una carga familiar y social representa un error en nuestra sociedad actual. Pero los cambios de mentalidad van por detrás de la estadística en la mayor parte de los casos.

Lejos de generalizar, debemos sostener un planteamiento personalizado y más flexibles pues, aunque sabemos que la edad es importante, lo es más saber cuáles son las condiciones personales que cada sujeto atraviesa y tenerlas en cuenta. Las personas mayores tienen derecho a gozar de una ciudadanía plena y, además, no ser consideradas objetos de atención y de administración, sino que deben estar presentes en todas las dinámicas sociales y políticas, para así tener garantizadas unas condiciones de vida dignas, y disfrutar de autonomía individual (Subirats, 2018). Por otro lado, resulta injusto que el sistema “demonice” a las personas mayores como una carga (pensiones, sanidad, dependencia, etcétera.) y luego las utilice para tapan los agujeros de un sistema productivo que frena la tasa de reemplazo generacional y genera pobreza y desigualdad.

GRÁFICO 11.- TASA DE DEPENDENCIA MAYORES 64 AÑOS. 2006-2017



Fuente: Elaboración propia a partir datos INE. Tasa de dependencia mayores 64 años. (<http://www.ine.es/jaxiT3/Tabla.htm?t=1455>).

Por tanto, tenemos que empezar a replantear la viabilidad a medio y largo plazo del sistema capitalista, contemplando el nuevo papel de las personas mayores, desde dos puntos de vista y teniendo en cuenta: a) El peso y creciente papel representado por las personas mayores, pues es un hecho más que constatado que la estructura poblacional española ha cambiado y necesita de una visión completamente nueva para poder sostener el sistema actual; b) La propia sostenibilidad del sistema, poniendo especial énfasis en el Estado del Bienestar, la financiación de las pensiones, las carreras profesionales de los jóvenes, la formación de nuevos hogares, etcétera.

Esa nueva visión del sistema tiene que empezar a contemplar el nuevo papel que realizan las personas mayores en la sociedad, tiene que tener en cuenta que hoy en día existe un

mayor número de personas mayores que de jóvenes y que, por lo tanto, no se pueden seguir llevando a cabo las mismas políticas de corte social y económico que hace décadas. Porque la sociedad ha cambiado y tiene que cambiar la forma de gestionarla; se debe plantear otra forma de administrar el sistema de bienestar español y sobre todo, el sistema de pensiones ya que ahora mismo las personas mayores viven más tiempo y tienen estilos de vida diferentes a las de décadas anteriores.

Tal y como ya reflexionaba José Luis Méler, presidente de la Confederación Española de Organizaciones de Mayores (CEOMA) en el Congreso de los Diputados en la sesión número 25, del 16 de febrero del año 2010, tenemos que caminar hacia “una jubilación voluntaria y flexible”, pues, según Concepción Bravo Ibáñez, “a partir de los 50 años es cuando un mayor puede aportar más a la sociedad”. Muchos de los intervinientes coinciden en que se debería realizar una revisión del Pacto de Toledo para que se adapte, así, a la realidad actual y valore el nuevo papel que realizan las personas mayores a la sociedad actual.

Pero no solo debemos poner el foco en las personas mayores para que la viabilidad del sistema sea firme y segura, también debemos centrarnos en los más jóvenes, pues de las oportunidades que estos tengan dependerá que los y las mayores tengan una calidad de vida mejor. El punto de partida debe ser tener un mercado laboral que garantice trabajos de calidad, ya que, a partir de ahí, los más jóvenes podrán disfrutar de salarios dignos, que les permitan desarrollar su carrera profesional, realizarse como personas, y formar nuevas familias lejos de los hogares parentales. A su vez, los mayores podrán disfrutar de la jubilación como recompensa a su larga vida laboral. En conjunto, y respecto al tal papel socioeconómico de los mayores, ¿deberíamos de hablar de dilema o falacia?²⁴ La aclaración de estos dos términos es importante: ¿existe una concepción engañosa en torno a la situación y función de las personas mayores en nuestra sociedad actual? y/o ¿los mayores sufren las deficiencias y recortes de los políticas sociales, mientras se les exige un esfuerzo extra no reconocido por las instituciones que (mal) sostiene el sistema?

En cualquiera de los casos, parece claro que el papel tradicional adjudicado a estas personas por el sistema capitalista ya no encaja en la realidad actual. Este trabajo pretende poner aquí el foco de atención y llama a plantear en futuros estudios académicos, una alternativa al sistema económico actual que contemple a las personas como individuos, no como máquinas productivas ya que, de no ser así, seguiremos instaurados en una visión economicista que rechaza a las personas que realmente tienen valor. En paralelo, resulta necesario modificar la concepción peyorativa de la vejez como carga (exclusivamente) y

²⁴ Según la Real Academia Española se entiende por:

- Falacia: engaño o mentira que se esconde bajo algo, en especial cuando se pone de manifiesto su falta de verdad.
- Dilema: situación difícil con varias posibilidades de actuación y no se sabe cuál escoger.

reinventar el papel de las personas mayores en nuestro marco socioeconómico. Hoy en día, los estudios están centrados en conocer las consecuencias económicas del envejecimiento más que en mostrar las necesidades de la población, y en concreto de las personas mayores, que deben ser atendidas en nuestra sociedad. Esto se debe a que las decisiones públicas no van acompañadas del pensamiento y reflexión que requieren que sean beneficiosas tanto para lo económico como para lo social (Sánchez Fuentes, López López y González Hincapié, 2015).

Los datos demográficos son claros: estamos abocados a albergar un gran número de personas mayores en los próximos años; de las decisiones que se tomen en política demográfica, política laboral y política social dependerá nuestro futuro como sociedad. A su vez, parece que nuestro sistema socioeconómico y político se ha empeñado en tratar de manera peyorativa a las personas mayores en los últimos dos siglos. De manera paradójica el paso del tiempo ha generado mayor esperanza de vida y ha puesto en valor el papel de las personas mayores. Su inutilidad resulta insostenible en un sistema donde representan un papel clave. La importancia cuantitativa y cualitativa de las personas mayores refleja en su parte más oscura las limitaciones y faltas del sistema económico; en su parte más positiva saca a la luz una deuda histórica ante generaciones que han aportado y contribuido al bienestar. Aunque aún existen muchos tabúes en torno a la vejez, todos queremos llegar a ser mayores (la alternativa es menos apetecible) y, aún así, nos empeñamos como sociedad a no poner en valor a las personas mayores. Como personas perdemos la oportunidad de mejorar la que será nuestra situación futura; mientras los políticos pierden la oportunidad de aprovechar un importante recurso para sanar un sistema gravemente enfermo. Quizás para paliar esta miopía individual y social debamos re-leer de nuevo el Dorian Grey de Oscar Wilde.

Retomando las palabras de Simone de Beauvoir en su libro *La Vejez*:

[..] Cuando se ha comprendido lo que es la condición de los viejos no es posible conformarse con reclamar una política de la vejez más generosa, un aumento de las pensiones, alojamientos sanos, ocios organizados. Todo el sistema es lo que está en juego y la reivindicación no puede ser sino radical, cambiar la vida.

REFERENCIAS



BASES DE DATOS



Archivo Histórico del Congreso de los Diputados (AHCD): <http://www.congreso.es/portal/page/portal/Congreso/Congreso/SDocum/ArchCon>

Eurostat. <http://ec.europa.eu/eurostat/data/database>

Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). http://cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3200_3219/3207/es3207mar.html

Encuesta de Salud, Envejecimiento y Jubilación en Europa (The Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe (SHARE)). <http://www.share.cemfi.es>

Instituto Nacional de Estadística (INE). <http://www.ine.es>

BIBLIOGRAFÍA



Abades, M. y Rayón, E. (2012). El envejecimiento en España: ¿un reto o problema social?. *Gerokomos*, 23 (4), 151-155

Abellán García, A., Puga González, M. D., y Pérez Ortiz, L. (2005). *Las personas mayores en España: Informe 2004: Datos estadísticos estatales y por comunidades autónomas*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Secretaría de Estado de Servicios Sociales, Familias y Discapacidad, Instituto de Mayores y Servicios Sociales (IMSERSO).

Alemán, C. y Martín, M. (2014). Envejecimiento y derechos humanos. *Miscelánea Comillas*, 72 (140-141), pp.227-255.

Alpizar, I. (2011). Jubilación y calidad de vida en la edad adulta mayor. *Revista ABRA*, 31 (42), 15-26.

Alvarado, A. M. y Salazar, A. M. (2014). Análisis del concepto de envejecimiento. *Gerokomos*, 25 (2), 57-62.

Badenes Plá, N. y López López, M. T. (2011). Doble dependencia: Abuelos que cuidan nietos en España. *Zerbitzuan: Gizarte Zerbitzuetarako Aldizkaria = Revista De Servicios Sociales*, (49), 107-125.

Bazo, M. T. (1990). *La sociedad anciana*, Madrid, Siglo XXI.

Bazo, M. T. (1996). Aportaciones de las personas mayores a la sociedad: Análisis sociológico. *Reis*, 73, 209-222.

Bazo, M. T. (2001). La institución social de la jubilación: de la sociedad industrial a la postmodernidad. Valencia, Nau Llibres.

Bazo, M. T. (2008). Personas mayores y solidaridad familiar. *Política y Sociedad*, 45(2), 73-85.

Beauvoir, S. (1983). *La vejez*, Barcelona, Edhasa.

- Belando, M. y Sarlet, A.M. (2010). Políticas de atención a la vejez en los sectores sanitario y social. En J. Buendía (ed.), (2010). *Gerontología y salud: perspectivas actuales*. (pp. 199-231). Madrid: Biblioteca nueva.
- Belsky, J. (2001). *Psicología del envejecimiento*. Madrid, España: Paraninfo.
- Bernárdez, A. (2009). Transparencias de la vejez y sociedad del espectáculo: pensar a partir de Simón de Beauvoir. *Investigaciones Feministas*, 0, 29-46.
- Butler, R. N. (1969). Age-ism: Another Form of Bigotry. *The Gerontologist*, 9, 243–246.
- De la Fuente, A., Díaz, M. A. G., y Sánchez, A. R. (2018). La salud financiera del sistema público de pensiones español. Análisis retrospectivo, proyecciones de largo plazo y factores de riesgo. *FEDEA, Estudios sobre la Economía Española*, 2017, 4.
- Durán, M. A. (2012). Jubilados, pero no viejos. *Lychnos*, 8, 82-83.
- EDUCO (2015). Crisis y efecto dominó ¿Quedan piezas por caer?. En línea: <https://www.educo.org/Educo/media/Documentos/Medios/INFOME-Septiembre-2015-FINAL.PDF>
- Fuente Robles, Y. d. M., Sotomayor, E. M., y Martín Cano, M. d. C. (2016). 535. Vulnerabilidad sobrevenida en personas en situación de dependencia en España. *Scripta Nova: Revista Electrónica De Geografía y Ciencias Sociales*, (20)
- Fergusson, I. (2017). Análisis de la incorporación de la perspectiva de género en la política de envejecimiento. *Solonik*, 16.
- FOESSA (2017). Desprotección social y estrategias familiares. Recuperado de <http://www.pensamientocritico.org/foessa1017.pdf>.
- Fondo de Poblaciones de Naciones Unidas (2012). Envejecimiento en el siglo XXI: Una celebración y un desafío. En línea: https://www.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/Ageing%20Report%20Executive%20Summary%20SPANISH%20Final_0.pdf
- Ginn, J. y Arber, S. (1996). Mera conexión. Relaciones de género y envejecimiento. En Sara Arber y Jay Ginn (coords.) *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico* (pp. 17-34), Madrid, Narcea.
- Giró, J. (2004). El significado de la vejez. En J. Giró (coord.) *Envejecimiento y sociedad. Una perspectiva pluridisciplinar* (pp.19-45). Logroño: Universidad de la Rioja, Servicio de Publicaciones.
- Gobierno de Chile (1996). Política Nacional para el adulto mayor. Ministerio Secretaria General de la Presidencia. Servicio Nacional del Adulto Mayor.
- González, J. (2010). Teorías del envejecimiento. *Tribuna del investigador*, 11 (1-2). En línea <http://www.tribunadelinvestigador.com/ediciones/2010/1-2/art-13/>.
- IMSERSO (2011). *Libro Blanco sobre el Envejecimiento Activo*. Madrid: IMSERSO-Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.
- Landinez Parra, N. S., Contreras Valencia, K., y Castro Villamil, Á. (2012). Proceso de envejecimiento, ejercicio y fisioterapia. *Revista Cubana De Salud Pública*, 38(4), 562-580.
- Laparra, M. y Pérez Eransus, B. (coord.) (2012). *Crisis y fractura social en Europa. Causas y efectos en España*. Barcelona: La Caixa.

- Leyra, B. y Roldán, E. (2013). Reflexiones feministas sobre las mujeres mayores, el envejecimiento y las políticas públicas. Aproximaciones al caso español. *Ex Aequo*, (28), 103-17.
- López Jiménez, J. J. (1992). La jubilación: opción o imposición social. *REIS*, 60
- Marí-Klose, M. y Escapa, S. (2015). Solidaridad intergeneracional en época de crisis: ¿mito o realidad?. *Panorama social*, 22, 61-78. Recuperado de <https://www.funcas.es/Publicaciones/Detalle.aspx?IdArt=22239>
- Martín Palomo, M. T. (2008). "Domesticar el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados". *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26 (2): 13-44.
- Martínez Virto, L. (2014). Crisis en familia. Síntomas de agotamiento de la solidaridad familiar. *VII Informe sobre exclusión y desarrollo en España 2014*, Madrid, Fundación Foessa, Cáritas.
- Martínez, M. P., Polo M. L. y Carrasco, B. (2002). El concepto de vejez desde la edad media. *Cultura de los cuidados*, Año VI, 11, 40-46.
- Motte, C y Muñoz, J. (2002). Envejecimiento social. En J. Muñoz (Ed.) *Psicología del envejecimiento* (pp. 95-108). Madrid: Pirámide.
- Pérez Salanova, M. (2015). Envejecimiento y participación (Tesis doctoral). Programa de doctorado Psicología del Aprendizaje Humano. Universidad Autónoma de Barcelona. España. Recuperado de https://ddd.uab.cat/pub/tesis/2016/hdl_10803_394017/mps1de1.pdf
- Pérez, M. y Pla, M. (2016). La participación plural de las personas mayores en el siglo XXI. Desafíos y respuestas. En S.Ezquerro, M. Pérez, M. Pla e J. Subirats (Ed.) *Edades en transición. Envejecer en el siglo XXI. Edades, condiciones de vida, participación e incorporación tecnológica en el cambio de época* (pp.95-114). Barcelona: Ariel.
- Pérez Ortiz, L. (2003): Envejecer en femenino. Las mujeres mayores en España a comienzos del siglo XXI. Instituto de la Mujer
- Pérez Ortiz, L. (2004). El envejecimiento de las sociedades: una aproximación desde la sociología. *Encuentros multidisciplinares*, 2(16), 38-46.
- Ramos Torre, R. (1995): «Uso del tiempo y ocio de los mayores» en *Las actividades económicas de las personas mayores*, Madrid, SECOT: (63-82).
- Rodríguez, G. (2006). Panorama europeo de la protección social a la dependencia. En R. Puyol y A. Abellán (coord.) *Envejecimiento y dependencia. Una mirada al futuro de la población española* (pp. 127-147). Madrid: Mondial Assitance.
- Sancho Castiello, M., et al. (2007). Las personas mayores y las situaciones de dependencia. *Revista Del Ministerio De Trabajo e Inmigración*, (70), 13-43.
- Sánchez Fuentes, A. J., López López, M. T., y González Hincapié, V. (2015). *Personas mayores y solidaridad intergeneracional en la familia: el caso español*. Madrid, Ediciones Cinca.
- Sarasa Urdiola, S. (1994). Los estados de bienestar en la Europa del sur. *Boletín De La Institución Libre De Enseñanza*, (21), 75-76.
- Suaya, D. (2015). El cuerpo de la vejez desde una perspectiva de género. Aproximaciones desde *La Vejez de Simone de Beauvoir*. *Cadernos Cedes*, 35 (97), 617-627.

Subirats, J. S. (2016). *Edades en transición. Envejecer en el siglo XXI: Edades, condiciones de vida, participación e incorporación tecnológica en el cambio de época*. Editorial Ariel.

Subirats, J. (2018). Una concepción del envejecimiento abierta e inclusiva. Edad y ciudadanía/An open and inclusive ageing concept. Age and citizenship. *Aula Abierta*, 47(1), 13-20.

Tobio, C., Fernández Cordón, J.A., y Agulló, M. S. (1998): *Análisis cuantitativo de las estrategias de compatibilización familia-empleo en España*. Madrid: Instituto de la Mujer

Unión Democrática de Pensionistas España (2016). Informe 10 Mayores solidarios. En línea: <https://www.mayoresudp.org/wp-content/uploads/2014/09/Ayuda-familiar.pdf>

VVAA (2012): 'Crisis y fractura social en Europa. Causas y efectos en España', Informe de la Obra Social La Caixa. Consulta on line: https://multimedia.caixabank.es/lacaixa/ondemand/obrasocial/pdf/estudiossociales/vol35_es.pdf

Yubero, S. y Larrañaga, E. (1999). La imagen social del anciano. En S. Yubero (Ed.), *Envejecimiento, sociedad y salud* (pp. 59-81). Cuenca : Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha

Yuni, J.A. y Urbano, C.A. (2008). Envejecimiento y género: perspectivas teóricas y aproximaciones al envejecimiento femenino. *Revista Argentina de Sociología*, 6 (10), 151-69

Weber, E. (1969): *El problema del tiempo libre*. Estudio Antropológico y Pedagógico. Editorial Nacional. Madrid.

HEMEROTECA



Hemeroteca Digital El Diario. “Los abuelos, la verdadera ‘renta básica’ para miles de parados de larga duración”. https://www.eldiario.es/eldiarioex/economia/abuelos-verdadera-basica-parados-duracion_0_534047532.html

Hemeroteca Digital El País. “Con una pensión comen todos”. https://elpais.com/sociedad/2012/03/24/actualidad/1332607962_224569.html

Hemeroteca Digital El Periódico. “Dependientes del abuelo”. <https://www.elperiodico.com/es/economia/20170826/dependientes-pension-abuelo-6241474>